

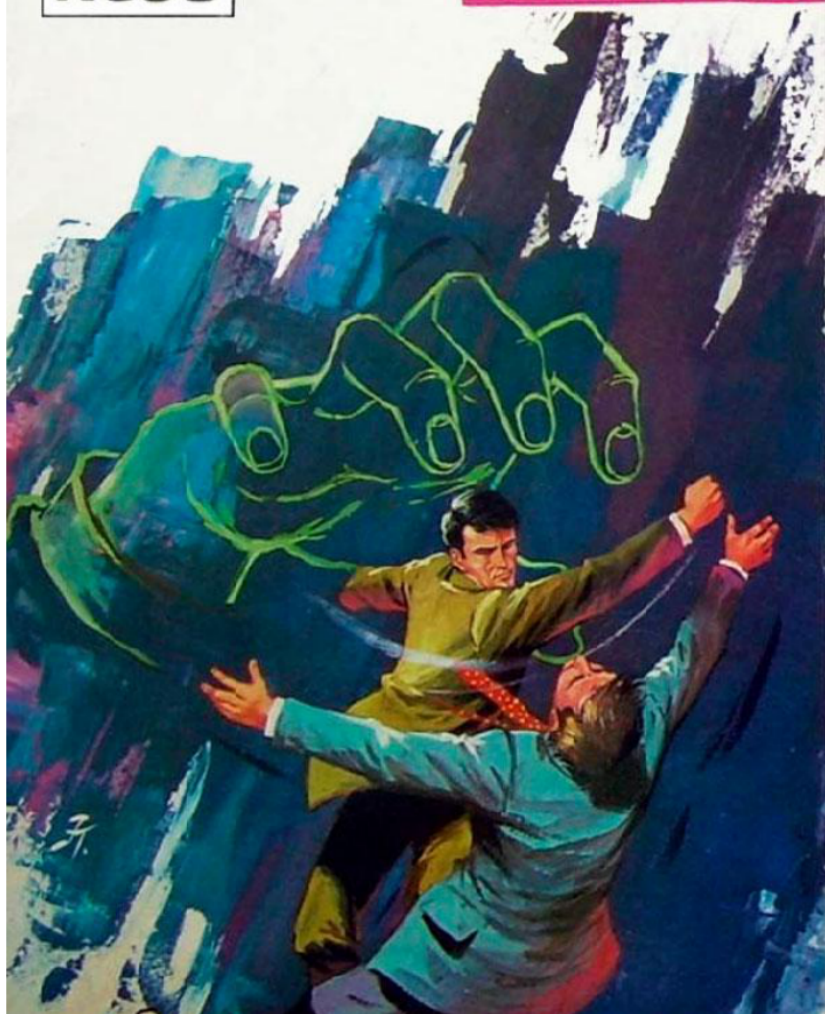
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

la garra os saluda

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

LA GARRA OS SALUDA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 455
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 44.068 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1971

© KEITH LUGER, 1971
sobre la parte literaria

© TRIAY, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.199 — La historia de Sally, *Piernas de Seda*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.052 — El secuestro del avión Nueva York - Moscú

En Colección BUFALO:

899 — Una mujer tuvo la culpa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

645 — Tierra de salvajes.

En Colección BRAVO OESTE:

514 — Plomo para un entrometido.

En Colección PUNTO ROJO:

448 — Las brujas también mueren.

En Colección CALIFORNIA:

724 — Más terca que una mula.

En Colección ASES DEL OESTE:

575 — Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:

610—¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

54 — Tras el rastro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

1 — Tan guapo y tan granuja.

CAPÍTULO PRIMERO

—Eres un escarabajo, Sullivan.

No le contesté.

Yo estaba viendo una colección de sellos. Una serie muy bonita lanzada por un país árabe. Al director del servicio de Correos de ese país le deberían dar una medalla. Eran desnudos de Renoir, chicas bonitas y hermosas, pintadas por un maestro. Qué sellos, hermano, y qué chicas.

—Eres un reptil, Sullivan —dijo el tipo.

Dediqué mi atención a *La durmiente*. Era el mejor sello de los seis. Allí estaba ella, atractiva y hermosa como una trucha de dos kilos, aunque ella pesase bastantes más, quizá cincuenta y cinco.

—Sullivan —dijo el fulano—, has enviado a dos tipos al hospital. Uno de ellos con dos balas en los intestinos. Y el otro se quedó sin nariz.

Miré otro sello. *La joven bañista*. Gracias, Renoir. Qué grande fuiste, Renoir. Pintaste las mujeres como nadie, Renoir. Todos los hombres a los que nos gustan las mujeres tenemos contraída contigo una deuda de gratitud. Bravo, Renoir.

El tipo se levantó y me apuntó con el dedo.

—Te voy a quitar la licencia, pajarraco.

El era Alex Coster, teniente de la Brigada de Homicidios de Los Ángeles, y yo Ken Sullivan, un investigador privado que había gastado sus últimos cinco dólares en aquella colección de sellos de los desnudos de Renoir. Los había adquirido apenas dos horas antes. Sólo me quedaba dinero para comer aquel día y, justamente en el camino, encontré una casa de Filatelia y en el escaparate vi los seis sellos con las mujeres de Renoir. Mandé mi estómago al diablo.

—¿Por qué no me miras? —gritó el teniente.

—Porque tengo otras cosas más bonitas que mirar.

Vio los sellos y dijo:

—Porquería.

—¿Te pasaste al otro bando, teniente?

—Soy más práctico que tú. Dame el número de teléfono de una de ellas.

Me imaginé a aquellas chicas que habían servido de modelo para Renoir. Todas estarían muertecitas y si alguna de ellas viviese, estaría hecha una bruja desdentada.

—Eres un ignorante, teniente.

Apoyó las manos en la mesa y acercó su cara a la mía.

—Sullivan, esta vez va en serio. El comisionado me dijo: «Aparta a ese insecto». ¿Quieres que te diga de quién estaba hablando?

—Si me vas a dar un dólar por la respuesta, te la doy.

—Tus chistes no me hacen ninguna gracia, insecto. Pero te voy a hacer una proposición.

—Habla.

—Te largas de la ciudad por un mes y te llevas la licencia.

—Muy lindo. Me llevo la licencia. Pero, dime, ¿dónde encontraría un cliente?

—Yo sé dónde los encontrarías. En los bajos fondos de todas las ciudades. Ellos saben quién es La Garra.

Ése era mi apodo. Me habían llamado La Garra y todo porque tengo una mano derecha que rompe clavículas y que desnucan con una gran facilidad. Ya tengo treinta años, pero cuando tenía dieciocho fui boxeador. Hice dos peleas como aficionado. Las gané las dos. Luego pasé al profesionalismo y tumbé a siete tipos. Pero el último me costó mucho trabajo, como diez asaltos. Quedé con la cara como un tomate maduro. Cuando me vi en el espejo, dije que nadie volvería a estropeármela. Y me retiré del boxeo. Así de fácil... Durante algún tiempo trataron de que volviese al *ring*. Pero yo me reía de todos. Me habían engañado como a un chino. Después de mis siete combates como profesional, mi preparador me dio las ganancias que me correspondían: dos dólares. Sí, hermano, ha leído bien. Dos dólares; sin centavos. Y entonces ya tuve otro motivo para mandar a todos los del boxeo al diablo. Me quisieron meter en la cárcel cuando encontraron a mi manager en un callejón, convertido en una piltrafa, pero ésa es otra historia.

—¿Qué contestas, Sullivan?

—¿Qué pasa si me quedo?

—Te quito la licencia. Debo cumplir con mi deber.

—¿Un mes?

—El número uno. La prensa dice que hay un francotirador suelto y ése eres tú.

—Sí, un mes. Será bastante para que el comisionado ocupe su mente con otros problemas.

—Así que yo soy un problema para él.

—Pero hay un periódico que dice que yo soy el mejor barrendero de las calles de esta ciudad.

—Ese periódico no cuenta.

—Oh, claro, no forma parte del partido del comisionado.

—No vine a discutir política contigo, Sullivan.

—No, tú viniste a echarme de la ciudad.

—Eres quien decide.

—Está bien. Me iré.

—Trato hecho.

Se dirigió hacia la puerta y allí se volvió. Siempre se volvía para darme la última dentellada. Movi6 las mandíbulas y dijo, después de consultar su reloj:

—Son las nueve de la mañana. Desaparece antes de las doce.

—¿Por qué antes de las doce?

—A esa hora tengo que dar cuenta al comisionado de que vine a buscarte y no te encontré. Alguien me dijo que te largaste de la ciudad con rumbo desconocido.

—Muy astuto, teniente.

—Gracias.

—Vete al infierno, teniente.

—Si me voy algún día, tú y yo jugaremos allí una partida de póquer.

—Por favor, teniente, no te lleves tus naipes marcados.

—Puaf —dijo, y se marchó.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras del de Homicidios, dediqué mi tiempo a los Renoir. Estuve como media hora contemplándolos y por fin los metí en el sobrecito y los guardé en la cartera.

Necesitaba dinero para aquel viaje a ninguna parte.

¿Adónde iba?

En San Francisco me estaban esperando para convertirme en

trozos. El jefe de un *gang* de allí me había suplicado un par de veces que le visitase en aquella ciudad, que le daría una gran alegría. Bueno, la alegría consistía en que, apenas yo pusiese los pies en San Francisco, me mandaría a la tumba. El jefe del *gang* tenía sus motivos para desear mi muerte, porque yo había destripado a un hermano suyo que, tiempo atrás, compartía con él la jefatura de un Sindicato particular del crimen y de la estafa.

En Seattle, un grupo de bastardos, que dirigían un importante garito con apuestas, estaba también muy deseoso de que yo llevase mis cuartos traseros a su ciudad. Habían prometido sus miembros dejarme sin piernas y sin el brazo izquierdo. Sólo me dejarían el brazo derecho, ya saben, el de La Garra. Pero a mí no me gustaba la idea de quedarme en un tercio de hombre.

Un tipo gracioso me había mandado por Navidad una tarjeta y en ella decía:

«Al más popular del año entre los bajos fondos»

Y eso quería decir que había gentuza por toda la costa del Pacífico dispuesta a saltarme la tapa de los sesos.

Salí de mi despacho y sólo tuve que subir tres plantas para meterme en la oficina de la Agencia de Investigaciones Harper. Pero Harper y yo éramos dos bichos distintos de la misma fauna. Yo trabajaba sin secretaria, porque no la podía pagar, y Harper tenía tres lindas chicas para impresionar a los clientes. A mí también me impresionaban cada vez que iba por allí. Sobre todo la rubia platino, que estaba como un tren.

—Señor Sullivan, el señor Harper no está.

Era Lili, la rubia platino, quien lo decía. Y yo sabía que Harper estaba allí dentro y que había dado orden a sus *girls* de que me dijiesen aquello para que no le molestase.

Harper se dedicaba a investigar por cuenta de grandes firmas y ganaba el dinero a sacos.

—Lili, dígame que tengo una información para su mujer.

Yo sabía que estaba abierto el interfono y, por eso, cinco segundos después, la puerta del fondo se abrió y Harper rugió:

—¿Qué información tienes?

—Caramba, volviste pronto.

Le sonreí a Lili, que se había quedado con la boquita abierta, y entré en el despacho de Harper.

—Muchacho —le dije mientras me dejaba caer en un sillón—, deberías tener más cuidado con tus amoríos. Cualquiera día tu mujer te va a dejar en pañales. Bastará con que te pida el divorcio. Con lo que te quede después de pagar la pensión y los impuestos, sólo podrás comprarte un *hot dog*.

Harper me miró con un solo ojo porque cerró el otro.

—¿Qué es lo que quieres, Sullivan?

—Un préstamo.

—Eso se llama chantaje.

—Me bastarán cien dólares.

—No hay cien dólares.

Me levanté y di un suspiro.

—Si te pones en la esquina de la Calle 62, te haré alguna limosna.

Me dirigí hacia la puerta, y él gritó:

—¡Espera, te daré los cien dólares!

Me los dio en billetes de a cinco.

—Te devolveré los cien pavos, Harper, pero no esperes que lo haga antes de un mes. Me echaron de la ciudad y no puedo volver en cuatro semanas.

—Hazme un favor, Sullivan.

—Tú dirás.

—No me mandes una postal desde donde estés.

Reí su chiste y salí.

Lili me hizo un guiño, pero yo no le contesté porque no quiero líos con los líos de mis amigos.

Cerré la oficina y puse un cartelito donde se leía:

«Estoy de vacaciones. Vuelva dentro de un mes».

A las once salía de la ciudad, pero, como no sabía qué dirección tomar, puse un mapa en mis rodillas y cerrando los ojos apunté con el dedo el lugar adonde tenía que dirigirme. Cuando abrí los ojos, vi que mi dedo estaba señalando hacia el Norte, camino de San Francisco, condado de San Benito, concretamente el Pico de San Carlos. Era un lugar montañoso y la ciudad más cercana se llamaba Oil City.

Era el puro azar quién había intervenido en aquella elección, de modo que decidí ir a Oil City.

Corrí por la autopista hacia Bakersfield. Pasé de largo por esa ciudad, por Delano y más tarde por Tulare. En esta ciudad podía tomar una carretera a la izquierda o continuar hasta Fresno para desviarme luego. Pero preferí la desviación de Tulare porque, a lo lejos, veía grandes masas de nubes negras que amenazaban una condenada tormenta.

Me equivoqué en lo de la tormenta. De pronto, la tuve encima. La radio me anunció que estaba lloviendo a cántaros por toda aquella zona y ya se estaban dando instrucciones a los viajeros. Aconsejaban ir hacia Fresno, justamente por donde yo no había querido ir. No quise volver atrás porque debería encontrarme a unas cincuenta millas de Oil City, y pensé que sería bueno llegar y meterme en un hotelucho.

De pronto, debió romperse un pantano en el cielo.

Mis limpiaparabrisas no se bastaban para apartar el agua que caía sobre el cristal. Disminuir la velocidad.

Yo era el único viajero que corría por aquella carretera, porque llevaba media hora sin ver a nadie.

Si embarrancaba el coche, lo iba a pasar mal.

De pronto, vi algo a lo lejos. Ya no estaba solo. Un auto estaba detenido, y una mujer peleaba con un hombre junto a la proa, bajo la lluvia.

El hombre tenía un cuchillo y quería hundirlo en el cuerpo de la mujer.

CAPÍTULO II

Sí, lo había visto bien. Me había acercado sin que ellos se diesen cuenta.

La joven se libró de una cuchillada y pegó con un bolso en la cara del tipo, el cual retrocedió.

Yo había detenido mi auto y caminé hacia ellos.

La mujer, que había logrado librarse del agresor, hundió un pie en un charco y cayó en el suelo.

El tipo del cuchillo se abalanzó sobre su víctima.

Llegué justo a tiempo para pegar un puntapié en el brazo que manejaba la hoja de acero.

El hombre dio una vuelta sobre sí mismo y estrelló las espaldas contra el coche.

La mujer estaba lanzando chillidos, pero apenas se la oía debido al fragor de la tormenta.

El fulano se dio cuenta de mi presencia y mostró una gran sorpresa. Pero reaccionó enseguida. Se incorporó y se lanzó sobre mí para clavarme el cuchillo. Le casqué en la mandíbula.

El sujeto se derrumbó. Quedó en el suelo, boca arriba. Tenía el aspecto de un matón elegante, aunque su traje estaba ahora hecho una ruina.

Me acerqué a la mujer que se estaba levantando del suelo. Estaba empapada de agua desde los pies a la cabeza y entonces me di cuenta de que yo tendría que estar como ella.

—Hola —le dije.

—Gracias por intervenir.

—No tiene importancia. Me llaman El Salvamujeres en Días de Tormenta. Pero mi nombre es Ken Sullivan.

—Soy Pamela Foster.

Miré el coche de ellos. No había nadie dentro.

—Venga conmigo, señorita Foster. ¿O debo llamarla señora?

—Señorita.

La cogí del brazo y, cuando echó a andar, se quejó.

—Me he torcido el tobillo.

—La llevaré en brazos.

—No hace falta, señor Sullivan.

—Como usted quiera. Apóyese en mí.

Pudimos llegar al coche y sentarnos.

—Por favor —dijo Pamela—, marchémonos de aquí cuanto antes.

Miré al tipo que seguía tendido en el suelo.

—¿Quién es él?

—Ya se lo contaré. Pero ahora no debemos entretenernos.

Puse en marcha el coche cuando el tipo del cuchillo se estaba levantando.

—Dese prisa —dijo Pamela.

—Es peligroso ir demasiado aprisa.

—Pero él nos alcanzará.

—Si nos alcanza, le daré otra vez su ración. Pero más abundante.

Me miró con asombro.

—No debe decir eso, señor Sullivan.

—¿Por qué? ¿Quién es él? ¿Un policía quizá?

—Un asesino.

—Tendrá un nombre.

—Sólo sé que se llama Mario.

—¿Por qué la quería matar?

Se estaba secando la cara con un pañuelo que había sacado del bolso.

—Es mejor que no lo sepa, señor Sullivan.

—¿Por qué no?

—Podría traerle complicaciones.

—No vivo por aquí. Sólo estoy de paso.

—Ésa es una razón más para que yo no le diga nada.

—Es usted muy misteriosa, señorita Foster.

—Sólo quiero agradecerle lo que ha hecho por mí.

—Y lo quiere hacer guardando silencio.

—Sí, señor Sullivan. Exactamente eso.

Así estaban las cosas mientras avanzábamos en la tormenta. De

vez en cuando, ella miraba por el espejo retrovisor pero no se veía el coche de Mario.

—No se preocupe más por Mario —dije—, seguramente ha renunciado porque sabe que hubo un testigo. En cuanto lleguemos al primer pueblo, hablaremos con la policía.

—Oh, no, de ninguna forma.

—Como usted quiera.

—Y debo pedirle otro favor, señor Sullivan.

—¿De qué se trata?

—Usted no ha visto nada. No haga ningún comentario. Usted no me ha conocido y tampoco conoció a Mario.

—Entiendo, todo fue una alucinación, producto de la tormenta.

—Sí, señor Sullivan.

Me eché a reír. Yo era un investigador privado que se había encontrado en situaciones muy apuradas, y allí estaba aquella joven pidiéndome que olvidase lo que Mario había intentado hacer con ella. Destriparla.

Era bonita. Podía tener unos veintitrés o veinticuatro años. Ahora se estaba pasando un peine por el cabello. A lo lejos vi luces.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Oil City.

—Justamente donde yo me debo parar.

—¿Tiene algún negocio pendiente en Oil City, señor Sullivan?

—No.

—¿Va a visitar a algún familiar?

—No.

—Entonces, ¿por qué va a Oil City?

—Porque lo elegí con el dedo.

Me miró sorprendida y yo agregué:

—Sí, señorita Foster, fue así. No sabía dónde ir, y el destino me indicó Oil City. Es por eso que sigue usted viva.

—Entonces, no se detenga en Oil City.

—¿Y usted?

—Quiero ir a Salinas. Si a usted no le importa podemos viajar juntos hasta allí. Naturalmente, le pagaré por el viaje.

—¿Por qué quiere ir a Salinas?

—Sólo estaré allí el tiempo indispensable para comprar un pasaje hacía cualquier lugar. Quizá vaya a Chicago, o a Nueva York.

—¿Qué le pasa con Oil City, señorita Foster?

—Le dije que no me preguntase.

—Y yo le he dicho que no soy de aquí.

—Escuche, señor Sullivan. Debo ser sincera con usted. Mario le ha visto la cara. Quieren matarme, pero ahora también le querrán matar a usted. Los dos debemos llegar cuanto antes a Salinas y usted tampoco debe detenerse allí.

—¿Quiere que me vaya al Polo Norte porque me vio Mario?

—Sería un buen lugar para apartarse de la gente como ellos.

—¿Quiénes son ellos?

Pamela sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno.

—No me sacará una palabra más, señor Sullivan. Y le juro que estoy obrando para salvar su piel.

La carretera bordeaba el pueblo de Oil City.

Pamela se hundió en el asiento.

—No quiero que me vean —dijo.

Sin embargo, su precaución era un poco tonta, ya que seguía lloviendo a mares y no se veía a nadie.

Dejamos atrás Oil City y volvimos a correr por entre los campos. Pamela se enderezó en el asiento. Dio un suspiro de alivio.

—Todo irá bien si llegamos a Salinas.

—Tendremos que detenemos.

—Oh, no.

—Me estoy quedando sin gasolina.

—Qué mala suerte.

Vi una estación de servicio y llevé el coche hacia el poste.

Pamela volvió a hundirse en el sillón y a esconder la cara.

Un hombre provisto de un impermeable muy claro, casi blanco, salió por una puerta.

—Lléname el tanque —dije.

El hombre me miró y miró también a Pamela. La joven hacía todo lo posible por no mostrar su rostro y para ello se vaha de su bolso.

El tipo se apartó para llenar el tanque.

Cuando lo hubo hecho, vino a la ventanilla para cobrar y otra vez trató de descubrir el rostro de Pamela, pero ella seguía decidida a que él no la viese.

—Ya tiene el dinero en la mano —tuve de recordarle.

—Oh, sí. ¿Va muy lejos?

—Bastante —le contesté—. Y a mi mujer los viajes largos le sientan muy mal.

Arranqué el coche.

—Gracias por decir que era su mujer —dijo Pamela, cuando nos encontramos fuera de la estación.

—¿Qué se puede hacer por una chica a la que quieren matar?

Ella no dijo nada.

—¿Conoce a ese tipo? —le pregunté.

—No.

—¿Cree que la reconoció?

—No lo sé. Quizá con lo que usted dijo se quedó tranquilo.

—¿A quién tendría que dar aviso él?

—Al patrón de Mario.

—¿Quién es el patrón de Mario?

—Señor Sullivan, ¿por qué quiere complicarse la vida?

Saqué mi credencial.

—Lea, señorita Foster.

—«Ken Sullivan, investigador privado»... ¿Qué está usted investigando?

—Nada. Fue verdad lo que le conté acerca del destino.

—Mire, señor Sullivan, si usted se metiese en Oil City, ellos le harían pedazos.

Reí de nuevo. Me querían hacer pedazos en San Francisco, en Seattle y en Los Ángeles. Y ahora Pamela Foster me decía que me harían pedazos en Oil City, cuya existencia ignoraba antes de emprender el viaje.

—Señorita Foster, ¿por qué no deja que sea yo quien decida si me hacen o no me hacen pedazos? Sólo tiene que contarme su historia.

—No le va a gustar nada.

—Me gustan las historias donde hay mezclada gentuza. Y ya la estoy oliendo en su asunto.

Había oscurecido y vi, a lo lejos, unas linternas.

—¿Qué es eso? —preguntó Pamela.

—Creo que la carretera está cortada.

—Son policías.

—Oiga, Pamela, si son policías podíamos contarles lo de Mario.

—¡No!... ¡Por favor, guarde silencio!

Ya habíamos llegado ante los policías que interceptaban la carretera. Habían puesto una barra transversal con soportes y un cartel:

«Cerrado al tránsito»

Los policías se cubrían con impermeables provistos de capuchones. Uno de ellos, con gafas oscuras, se acercó a la ventanilla, cuando detuve el auto.

—Lo siento, pero no pueden continuar —dijo.

—¿Qué pasa, agente?

—Hubo un desprendimiento de tierra a consecuencia de la lluvia. La carretera está interceptada en cuatro kilómetros.

—¿Cuándo se despejará?

—Las máquinas harán el trabajo durante la noche. Pero la carretera no quedará libre hasta mañana.

—¿Dónde podemos pasar la noche mi mujer y yo?

—Una milla atrás hay un camino, a la izquierda... Tres millas más allá hay un lago. Junto a él encontrará un motel.

—Gracias.

Otra vez Pamela se había hundido en el sillón, pero ahora estaba con una mano sobre la cara.

Eché marcha atrás y retrocedimos por la carretera.

Cuando nos hubimos alejado, Pamela se volvió otra vez.

—Yo no iré a ese motel.

—¿Y adónde quiere ir?

—Déjeme en la carretera.

—¿Dejarla?

—Sí.

—¿Con este tiempo?

—Trataré de llegar hasta Coalinga.

—¿A qué distancia está eso?

—A unas treinta millas.

—No puede caminar treinta millas durante la noche y en este tiempo. ¿No oyó al policía? Hubo un desprendimiento de tierras y puede haberlos por otros lugares. Y también habrá inundaciones. Usted misma se mataría sin necesidad de que Mario hiciese el trabajo.

La joven se estaba mordiendo el labio inferior.

—¿Qué pasa con ese motel, Pamela?

—No lo conozco. Nunca estuve en él.

—Entonces, todo está a nuestro favor para seguir representando la comedia. Usted es mi mujer. Vamos a ver a unos parientes en Salinas. ¿De acuerdo?

—Sí, señor Sullivan.

—Será mejor que me llame Ken. Yo la llamaré Pamela. Nos casamos hace dos años. No tenemos hijos. Vivimos en Los Ángeles. No tenemos hijos. ¿Lo oyó bien?

—Sí.

—Pero una vez que nos encontremos en el motel, a solas, usted me va a contar la historia sin ahorrarse un detalle. Prométalo.

—Prometido.

Llevé el coche por el camino que me había indicado el policía y tres millas más allá vi el lago y, cerca de la orilla el motel, con una docena de casitas.

—Parece cerrado —dijo Pamela.

Efectivamente, no se veía ninguna luz encendida.

Sobre una puerta leí:

«Oficina»

Hice sonar el claxon.

—Pasaron dos minutos y no abrió nadie.

—Vámonos de aquí —dijo Pamela.

Pero entonces se encendió una luz en la oficina. Se abrió la puerta y apareció un tipo de unos cincuenta años, casi calvo, que se cubría con un batín.

Salté del auto y corrí bajo la lluvia hasta el porche.

—Buenas noches —saludé.

—Hola.

—Soy Ken Sullivan. Viajo con mi mujer. La policía nos dijo que estaba cortada la carretera y nos mandó aquí para pasar la noche.

El hombre estaba mirando el auto.

—¿Podemos quedarnos, señor...?

—Charles Mason. Pueden quedarse. Aunque en este tiempo sólo tenemos abierto los fines de semana.

—¿No tiene ningún huésped?

—Ustedes son los primeros. Hoy es martes. Tendrá que registrarse.

—Desde luego.

Me hizo entrar en la oficina, que parecía un estercolero, con muebles antiguos, periódicos y papeles por todas partes.

Firmé como Ken Sullivan y esposa.

Me dio la llave de la casita número 5 y le aboné lo que me pidió: ocho dólares.

—¿Puede darnos cena?

—Sí. Pero tendrán que preparársela ustedes mismos.

—De acuerdo.

Se marchó y al cabo de unos minutos regresó con una bolsa de plástico.

—Tienen un par de filetes, espárragos, dos latas de zumo de tomate, queso y jamón. También agregué una bolsita de café. En la casita encontrarán una cafetera.

Le pregunté cuánto valía aquello y me contestó que nueve dólares. Después de pagarle le di las gracias y regresé al coche.

—Todo arreglado —le dije a Pamela.

—Señor Sullivan —dijo Charles Mason.

Salió con un paraguas y se acercó a la ventanilla de Pamela, que era la que estaba más cerca.

—Eres mi mujer, recuérdalo —le dije, para que no empezase a esconderse.

Charles Mason sonrió a Pamela.

—Señor Sullivan, olvidé que el termo de la casita número cinco no funciona. Por eso les conviene la número seis.

Le devolví la llave del número 5 y acepté la que me daba en su lugar.

—Que pasen una buena noche —dijo Mason, y se fue a su cubil.

Nos marchamos a la casita número 6.

Le di a Pamela los alimentos y la llave.

—Entra dentro mientras yo dejo el auto en la cochera.

Ella corrió hacia la casa y yo dejé el auto guardado.

Pamela ya había abierto la casita, dejando la puerta entornada. El *living* era amplio, con un tresillo. En la chimenea había algunos leños.

—Me voy a la cocina a preparar la cena —dijo Pamela.

Solté un gruñido y ella se fue.

Los leños empezaron a arder en la chimenea.

—Pamela.

—¿Sí, Ken?

—Tenemos las ropas mojadas.

—Yo no tengo para cambiarme.

—Lo sé, pero tengo un doble juego de pijamas.

—¿Crees que me sentará bien?

—Te dejaré también el batín. Yo con el pijama tendré bastante.

Dentro de un rato esto será un homo.

—Cámbiate tú y luego me cambiaré yo.

Fui al dormitorio con la maleta y me quité aquellas ropas que rezumaban agua. Me sequé con una toalla y me puse el pijama. Encendí un cigarrillo y salí al *living*.

Pamela estaba poniendo los platos.

—Pamela, te vas a enfriar. Te he dejado sobre la cama el pijama y el batín.

—Gracias. Puedes empezar a comer.

—Te esperaré.

—Como quieras.

Se metió en el dormitorio y yo me acerqué a la chimenea porque todavía la habitación no se había calentado.

Estaba satisfecho. Las cosas no iban a rodar mal para Pamela cuando me contase la historia. Y me la iba a contar mientras cenábamos. No lo dejaría para más tarde.

De pronto se abrió la puerta y aparecieron dos tipos.

También ellos se cubrían con impermeables, pero ninguno de ellos era Mario.

—Eh, ¿quiénes son ustedes?

—Policías —dijo uno.

—Enséñenme la credencial.

Los dos se dirigieron hacia mí y se detuvieron cerca de la chimenea. Uno tendría mi edad, pero el otro era más joven. No me gustó ninguna de las dos caras.

Los dos metieron la mano en el bolsillo y la sacaron. Con cachiporras.

Se lanzaron al mismo tiempo sobre mí.

Logré burlar la primera cachiporra, pero la segunda, la del

jovencito, me pegó en el cuello. Creí que me ahogaba. La habitación se había vaciado de aire. Caí de rodillas y entonces el otro hombre, el que estaba por los treinta años, me sacudió con su cachiporra en la cabeza, y esta vez no falló.

Perdí el conocimiento.

CAPÍTULO III

Los muebles daban vueltas alrededor de mi cabeza.

Logré levantarme, busqué a tientas un sillón y me dejé caer.

Mis sesos saltaban dentro del cráneo. Respiraba dificultosamente.

Recordé adonde estaba. En la casita número 6 de aquel motel. Vi manchas de sangre en la chaqueta de mi pijama.

Me toqué la cabeza Allí estaba la herida, y entonces me vino a la memoria el hijo de perra que me había golpeado por segunda vez antes de mandarme al limbo.

—¡Pamela! —grité.

Nadie me contestó.

Me levanté del sillón y, tambaleándome, me dirigí al dormitorio. La puerta estaba entreabierta y la empujé. Me preparé para lo peor. Allí estaría Pamela destripada, o quizá la habían estrangulado con una media. La cama estaba sin deshacer, tal como yo la había visto, vacía, y Pamela tampoco estaba en el suelo.

El cuarto de baño se ubicaba a la izquierda. Eso debía ser. La habrían ahogado en la bañera, o le habrían cortado la yugular con una cuchilla.

Abrí el cuarto de baño pero tampoco estaba allí Pamela.

Regresé al *living* y una idea cruzó por mi cabeza. La de que la hubiesen matado y dejado en mi auto.

Corrí a la cochera.

Pamela no estaba en ninguno de los asientos ni en el portamaletas.

Entonces me di cuenta de que había dejado de llover porque mi pijama continuaba seco.

Corrí hacia la oficina. Estaba cansado, pero respiraba mejor.

Abrí la puerta y entré en el estercolero.

Charles Mason no estaba. Empujé una puerta y le vi durmiendo

en la cama.

—Despierte, señor Mason.

Lo zarandeeé.

Despertó atontadamente, pronunciando palabras incoherentes.

—Señor Mason, soy Ken Sullivan.

—Oh, sí, señor Sullivan. ¿Qué pasa?

—Mi mujer ha desaparecido.

Mason se restregó los ojos y se quedó mirándome fijamente.

—¿Su mujer? ¿Qué mujer?

—La que llegó conmigo en el auto.

—Perdone, señor Sullivan, pero usted llegó solo.

Ése era el juego. Pero Mason no sabía que estaba hablando con un tipo que era conocido en los bajos fondos con un apodo, La Garra.

No puse demasiada fuerza en la zarpa, pero le solté una bofetada que sonó como un cohete.

Se puso a chillar.

—¿Qué hace, señor Sullivan?

—Darle una muestra de lo que puedo hacer con un tipo que me toma por idiota. Empecemos otra vez, Mason. ¿Llegué o no llegué aquí con mía mujer?

Se mojó los labios con la lengua.

—Yo..., yo..., yo...

—¡Hable o le arranco las palabras a bofetadas!

Se oyó un ruido. Alguien había entrado en la oficina.

—¡Aquí! —bramó Mason.

Me preparé porque podían ser los dos matones. Atrapé lo primero que encontré a mano, un pesado cenicero de bronce, y salté junto a la puerta.

El hombre que entró no era ninguno de los matones. Era él policía de gafas oscuras, con su pistola al cinto.

—¿Qué pasa, señor Mason?

—¡Este hombre! ¡Me ha querido asesinar!

El policía me descubrió junto a la pared, con el pesado cenicero de bronce levantado.

—¿Qué le pasa, amigo? —rezongó.

—¡Se volvió loco! —le contestó Mason—. Entró aquí, me despertó y empezó a golpearme... Se llama Ken Sullivan. Y le digo

que está loco. Debe llevárselo a un sanatorio.

—¿Hizo todo eso, señor Sullivan? ¿Le pegó al señor Mason?

—Sí, pero tuve mis motivos.

—¿Cuáles fueron sus motivos?

—Llegué aquí con mi mujer y se la llevaron.

—¿Su mujer?

—Usted la vio cuando detuve el auto en la carretera.

—No viajaba usted con ninguna mujer, señor Sullivan.

Sentí que se me hacían nudos en las tripas.

—¿Cuál es su nombre, agente?

—Clark Martin.

—Señor Martin, no sé lo que usted trata de conseguir. Pero conmigo viajaba mi esposa.

—¿Quiere desmentirme, señor Sullivan?

—Sí.

—Así que yo vi una mujer.

—Sí.

—Y ella era su esposa. De acuerdo, señor Sullivan. Lo vamos a arreglar enseguida.

—Me alegro, agente.

—Enséñeme un papel, un solo papel para convencerme de que es usted casado.

—No lo llevo conmigo.

—Se lo pasaré por alto.

—Muy amable.

—Deme el número del teléfono del juez que les casó. No le importe la ciudad. El pueblo de Oil City pagará esa conferencia.

Me tenía atrapado, y yo mismo me había tendido la trampa al presentar a Pamela como mi esposa.

El tipo de las gafas oscuras soltó una risita.

—¿Qué está esperando, señor Sullivan? Soy policía y mi obligación es ayudar a toda la gente, sean o no ciudadanos de Oil City. Usted insiste en que su esposa ha desaparecido. Sólo quiero comprobar si realmente ella viajaba con usted, y luego nos pondremos a buscarla.

—Olvídelo, agente.

—Como usted quiera, señor Sullivan.

—Perdone las molestias.

—No hay de qué. Puede vestirse.

—¿Vestirme para qué?

—Ah, se me olvidó decirle que vine para darle una agradable noticia. La carretera está despejada.

—Usted dijo que las máquinas trabajarían toda la noche.

—Ni siquiera hubo desmoronamiento.

—No me diga.

—Fue una falsa noticia. Alguien nos quiso gastar una broma.

—Ya veo que en Oil City gastan bromas muy pesadas.

—Ésa fue una de ellas. Prepárese.

—Me quedaré, agente.

—¿Quedarse? No puede, señor Sullivan.

—¿Por qué?

Martin volvió la cabeza hacia Mason.

—Usted agredió al señor Mason y él ha presentado una denuncia contra usted. Le dije que tengo que ayudar a todas las personas. Y ahora debo ayudar al señor Mason para que usted no le vuelva a golpear.

—¿Me detiene, agente?

—No, señor Sullivan. Usted es forastero y no queremos que se lleve una mala impresión de la policía local.

—Oh, sí, sería espantoso para la policía de Oil City.

—Deje los sarcasmos, señor Sullivan. Estoy tratando de ayudarle. Si mi jefe supiese lo que usted ha hecho aquí, le condenaría a treinta días de cárcel.

—Es usted muy considerado.

—Le espero en el coche.

Salí de la oficina.

El coche de la policía estaba delante de la puerta, pero no había nadie dentro.

Clark Martin había venido solo al motel, justo donde él mismo me había enviado con Pamela. Todo resultaba tan sencillo como sumar dos y dos.

Regresé a la casita, me vestí y salí con la maleta.

Luego me dirigí con el auto hacia la oficina.

Martin ya estaba en su coche. Me hizo una señal con el brazo.

—Sígame, señor Sullivan.

Fui detrás de él hasta el lugar donde, apenas una hora antes,

había descubierto la barra de intercesión para impedir el paso.

Martin detuvo el coche, saltó y vino a mi lado.

—Aquí nos despedimos, señor Sullivan. Continué hacia Salinas.

—¿Por qué hasta Salinas?

—Imaginé que va a Salinas... Buen viaje.

—Hasta la vista.

Apreté el acelerador. Recorrí cinco millas y me detuve a un lado de la carretera. Tenía un frasco de *whisky* en la guantera y bebí un largo trago. Luego encendí un cigarrillo y me puse a pensar.

Yo era un forastero, un desconocido en Oil City. Si volvía, ¿por dónde iba a empezar? ¿Y cuánto tardarían en atraparme antes de que supiese qué había sido de Pamela? Y lo más importante era que no sabía por qué la querían matar. Pamela me iba a contar la historia cuando aparecieron los dos fulanos con la cachiporra. Pero yo no podía ir a Salinas, ni a Los Ángeles, ni a San Francisco, hasta que no hubiese encontrado respuesta a las preguntas que se acumulaban en mi mente. No, nadie me iba a impedir llegar a Oil City, ni siquiera el agente Clark Martin.

CAPÍTULO IV

Cuando Charles Mason me vio entrar, se puso pálido. Estaba bebiendo café con leche en un tazón.

Me acerqué y Mason seguía siendo una estatua.

Cogí el tazón, del que salía mucho humo, y lo volqué sobre la cabeza de Mason. Pegó un chillido y dejó de ser de piedra para convertirse en un ser humano.

—¡No, señor Sullivan! —gritó.

—No se mueva, Charles.

—No me moveré.

Atrapé una silla, me senté a horcajadas, y reí. Los tipos de los bajos fondos dicen que cuando yo río parezco un tigre listo para soltar la zarpa. Ya saben, por lo de La Garra.

—¿Adónde llevaron a Pamela?

—No lo sé.

Le cogí por una oreja y lo hice con mi mano derecha, la de la fuerza.

—Si doy un tirón, le van a llamar «el hombre de una sola oreja», Mason. ¿Quiénes eran los que se la llevaron?

—Le juro que no lo sé.

—Me dijeron que eran policías. Pero si ellos son policías, yo soy Napoleón.

—No, no eran policías.

—Nombres, Charles.

—Sólo conocía a uno, el más alto. Es Pat Miller. Vino aquí una vez con una muchacha que se llama Susan. Ella trabaja en una cafetería de Oil City. También Susan vino con un tipo que se llama Mario.

—¿Cuál es esa cafetería?

—Liberty.

—¿Por qué se llevaron a Pamela?

—Lo ignoro. Y también se lo juro.

—¿Conocía usted a Pamela Foster?

—No, nunca la había visto. Pat Miller y el otro hombre entraron aquí antes de ir a su *bungalow* y Pat Miller me dijo: «Calvo, un forastero está haciendo porquerías con Pamela Foster. Nos han dado orden de que le demos un escarmiento a los dos. Usted es ciego, sordo y mudo».

—¿Qué más?

—Nada más. Pero me estaban amenazando y yo dije que sería ciego, mudo y sordo. Y luego se fueron al *bungalow* número seis y no sé nada más.

—¿No les avisó usted por teléfono que estábamos aquí?

—No.

—Se va a quedar sin orejas, Charles.

—¡Le juro que no les informé!

Era posible que no hubiese avisado porque había un dato a favor. Pamela y yo habíamos ido allí por recomendación del agente Clark Martin.

—Hablemos de Gafas Oscuras.

—¿Eh?

—Sabe a quién me estoy refiriendo.

—Señor Sullivan, Clark Martin tampoco es policía.

No estaba preparado para oír eso. Desde un principio estaba dispuesto a apostar a que los dos muchachos de la carretera eran de la policía. Había visto a Clark Martin con la pistola al cinto y, cuando me quiso poner en camino a Salinas, pensé que estaba metido en el asunto hasta el cuello, pero que era un hombre con una placa, una autoridad. Pero ni siquiera era eso. Sólo un hijo de perra que había falseado su personalidad y lo que llevaba encima.

—¿Qué se cuece en este maldito pueblo de Oil City, Charles?

—Oiga, pasan cosas, pero no creo que sean mejores o peores que en otra parte.

—¿Cuáles son las cosas que pasan?

—Hay un hombre que domina el pueblo. Se llama Gregory Bresson. Existe la Factoría de Piritas Bresson... La Sociedad de Seguros Generales Bresson... La Fábrica de Máquinas Agrícolas Bresson... Podía nombrarle alguna más... Creo que son quince o veinte sociedades... Lo que quiero decirle, es que todo lo que pasa

en Oil City gira alrededor de Gregory Bresson... Y esto que pasó aquí, quizá esté relacionado con él.

—Dice que Clark Martin no era policía. Por tanto, usted lo conocía.

—Sí, también vino aquí un par de veces.

—¿Con quién?

—Sería mejor que no lo supiese.

—¡Dígallo!

—Con una sobrina del señor Bresson.

—Con que el falso policía está en amoríos con la sobrina del jefe.

—Sí, creo que sí. Estuvieron en un *bungalow*.

—¿Por cuánto tiempo?

—Las dos veces que vinieron permanecieron un par de horas.

—Dígame cómo se llama la sobrina.

—Oiga, nos vamos a meter en un lío. A usted lo matarán y también a mí me las pondrán difíciles.

—No se preocupe. No haré uso de lo que me diga hasta que no esté en una situación favorable. Lo dejaré fuera del caso mientras pueda. ¡Escupa el nombre de la sobrina!

—Margaret Bresson.

—¿Cuántos Bresson hay?

—Está el jefe de la familia, Gregory Bresson. Se casó, pero no tiene hijos. Ella es Ruth Bresson. Luego está el hermano de Gregory, Roger Bresson, que es viudo, padre de Margaret.

—¿Cuántos más?

—Ésos son todos.

—¿Quién es el jefe de la policía de Oil City?

—Mark Fenton.

—¿Dónde tiene su oficina?

—En la calle Santa Catalina. Pero ¿qué va a hacer usted?

—Hablar con Mark Fenton.

—Oh, no debe hablar con el capitán Fenton.

—¿Por qué no, Charles? No, no me lo diga. Fenton debe su cargo a los Bresson.

—Sí, señor Sullivan. Ya le he dicho que los Bresson controlan Oil City.

—Y eso incluye al jefe de policía.

—Sí.

—¿Al alcalde?

—También.

—Todos los cargos importantes.

—Sí, señor Sullivan.

Me levanté. Aquel diálogo con Mason me había dado fuerza. Yo había regresado con muchos tantos en contra porque Clark Martin, como agente de la policía, me podía aprehender apenas me echase la vista encima. Y no haría nada ahora porque la próxima vez que nos viésemos le iba a quitar las gafas con mucha delicadeza. Con mi zarpa.

Me dirigí hacia la puerta.

—Charles, no vaya a coger el teléfono para informarles de que he vuelto.

—No, señor. Palabra que no lo haré. Si usted se quiere jugar la piel, es cuenta suya.

—Lo dijo con las palabras exactas. Es cuenta mía. —Pero sólo conseguiré una cosa, señor Sullivan. Que lo maten.

—Quizá sí, quizá no.

Encendí un cigarrillo mientras mi auto corría hacia Oil City, la ciudad controlada por la familia Bresson. No había vuelto a llover y el cielo se había despejado. Una hermosa noche para morir, pensé.

Eran las nueve cuando detuve el coche en la playa de estacionamiento cercana a la comisaría, en la calle Santa Catalina.

Entré en la oficina.

Un hombre con uniforme de policía estaba leyendo un periódico ante una centralilla telefónica. Había una verja y al fondo se veían mesas con papeles, pero los sillones estaban desocupados. Naturalmente, era una noche muy descansada para los policías de Oil City. Después de todo, no estaba pasando nada. Carraspeé y el tipo apartó la mirada del periódico.

—¿Qué quiere? —Ladró.

Le enseñé mi credencial.

—Bien, ya sé quién es —gruñó—. ¿Qué es lo que quiere?

—Hablar con el jefe.

Miró hacia el fondo y yo seguí su mirada. Había una puerta con vidrio esmerilado en la que se leía: «Mark Fenton, capitán de policía». Había luz dentro.

—El capitán está resolviendo algo importante y no podrá recibirle.

—Esperaré.

—Dígame de qué se trata.

—No puedo, agente. Tengo que hablar personalmente con el señor Fenton.

Me senté en una silla con la mayor naturalidad y crucé las piernas.

El agente me seguía observando. Por fin se levantó, se fue al fondo y abrió la puerta del despacho del capitán. No pude oír nada porque cerró.

Pasaron cinco minutos y salió el agente.

—El capitán Fenton lo recibirá. Puede pasar.

El capitán Fenton era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabeza grande.

No se levantó cuando yo entré. Estaba tras de una mesa, leyendo un papel.

—¿Sabe una cosa, señor Sullivan? —dijo sin apartar los ojos del documento—. Los policías de las grandes ciudades creen que los de los pueblos tenemos mucho tiempo libre. Pero ya lo ve. Son las nueve de la noche y aquí me encuentro.

—Al pie del cañón.

Levantó la vista y me miró con las cejas enarcadas. Así estuvo un rato.

—¿Qué quiere que haga por usted, señor Sullivan?

—Que detenga a unos bastardos bajo la acusación de secuestro de una mujer.

CAPÍTULO V

El capitán Fenton había escuchado mis palabras, pero ya no tenía las cejas enarcadas. Había arrugado el entrecejo.

—¿Quién es la mujer secuestrada?

—Pamela Foster.

—No la conozco. ¿Prometida de usted?

—No.

—¿Compañera de viaje?

—La llevé un rato en mi coche.

—¿Por qué?

—La encontré en el camino.

El capitán Fenton dio un suspiro y sonrió.

—Entiendo, se encontró a una mujer haciendo *autostop* y la metió en su coche, y ella le contó una tragedia —sonrió con benevolencia—. Señor Sullivan, hay cosas que no pasan en mi ciudad. Eso sólo ocurre en Los Ángeles, de donde es usted.

—Cuando yo encontré a Pamela Foster, un hombre llamado Mario estaba tratando de meterle un palmo de cuchillo en el cuerpo.

—¿Eh?

—El tipo se llama Mario.

—¿No ha bebido, señor Sullivan?

—Sí, bebí un trago.

—Parece que fue demasiado largo.

—No, capitán. No fue largo. Lo único que me está resultando larga es esta noche. Traté de llegar con Pamela Foster a Salinas, pero nos interrumpieron el viaje en la carretera, a unas quince millas de Oil City. Allí estaba la policía. Había una barrera para que no pudiésemos pasar. Eran dos agentes, pero sólo uno habló conmigo, un tal Clark Martin. Había sobrevenido un desmoronamiento y en toda la noche no podría quedar despejada la

carretera. Y por eso me mandó a un motel, al de Charles Mason. Y allí entraron dos fulanos y me sacudieron, pero antes dijeron que eran policías. Y cuando desperté, se habían llevado a Pamela. Quise sonsacar a Charles Mason, y entonces apareció el agente que me había enviado al motel y me sacó del *bungalow* y me puso en camino de Salinas.

Había hecho un resumen del caso en el menor tiempo posible.

El capitán Fenton me había escuchado sin interrumpirme y, cuando hube terminado, se puso a golpear la mesa con un bolígrafo.

—No sé si encerrarlo, Sullivan.

—¿En dónde, capitán? ¿En el manicomio o en una celda?

—Creo que le conviene la clínica de enfermos mentales.

Di la vuelta y le enseñé mi cabeza.

—Si cree que todo lo inventé, míreme esto. Me abrieron el cráneo.

—Eso no prueba nada.

—¿Y qué significa para usted?

—Quizá que es un mal conductor y que se golpeó mientras viajaba.

—Siga, capitán.

—No existe ningún agente a mis órdenes que se llame Clark Martin.

—Admitido.

—Tampoco mis agentes se dedican a secuestrar mujeres.

—Admitido.

—¿Está dispuesto a admitir que todo es una pura broma de usted?

—No, capitán, no le admitiré eso. Sólo estoy de acuerdo en que los dos hombres que me golpearon y secuestraron a Pamela no eran policías. Y tampoco es policía Clark Martin. Pero los hechos ocurrieron como los conté. Y también existió Mario.

—No he oído nunca hablar de Pamela Foster y tampoco conozco a nadie que se llame Mario.

—¿Bresson? ¿Conoce a algún tipo que se llame Bresson?

El capitán enrojeció.

—Sus ironías no tienen ninguna gracia. Frene o tendré que tomar medidas contra usted.

—Capitán, le he hecho una denuncia.

—La consideraré como no recibida.

—Estoy dispuesto a firmarla.

—Si yo aceptase todas las estúpidas denuncias que vienen a hacerme, necesitaría doscientos hombres para controlar la ciudad.

—No es mala idea. Quizá se necesiten doscientos hombres.

—¡Le dije que no iba a soportar sus sarcasmos!

El capitán Fenton se levantó. Era casi tan alto como yo. Eso me sorprendió.

—¿Ya terminó, señor Sullivan?

—Sí.

—Continúe su viaje a Salinas.

—Es curioso. Lo mismo me dijo Clark Martin.

—No tiene nada que hacer aquí, señor Sullivan.

—Se equivoca, capitán. Debo hacer una cosa y con mucha urgencia.

—¿El qué?

—Encontrar a Pamela Foster.

Ya no dije nada más porque eché a andar rápidamente y salí del despacho.

El tipo de la centralilla me miró, cuando pasé por su lado.

—Ya puede seguir leyendo el periódico —le dije, y salí de la comisaría.

Me quedé en la acera, mirando arriba y abajo. Se veía a poca gente, y de vez en cuando un coche pasaba a mucha velocidad. Era una ciudad hermosa, tranquila, pacífica, en la que no pasaba nada. Ni siquiera se podía secuestrar a una mujer, porque esas cosas sólo pasaban en Los Ángeles.

Vi el anuncio en neón de una cafetería. Se llamaba Liberty. Allí trabajaba Susan, la chica que había ido con Mario al hotel.

Entré en la cafetería.

Había cuatro clientes, y dos de ellos parecían estar un poco embriagados, porque reían y hablaban como los tipos que beben demasiado *whisky*, y eso me hizo reír, porque, según el capitán Fenton, yo también había bebido con largueza.

Había reservados con rejillas de separación y algunos parecían estar ocupados porque oí risas lejanas, risas femeninas.

Se me acercó por el mostrador un tipo de nariz chata y ojos hundidos.

—Un *whisky* en las rocas —le pedí.

Me lo sirvió y puse un billete de cinco dólares en el mostrador.

—Busco a Susan.

Nariz Chata miró el billete.

—No hace falta que me dé el cambio —aclaré.

Nariz Chata cogió el billete y se fue a la caja registradora. Me trajo el cambio. Eran cuatro dólares y cincuenta centavos.

Uno de los tipos que había bebido mucho dijo:

—¿Ha preguntado por Susan?

Nariz Chata intervino:

—No es la Susan que tú conoces, Glen.

—Pues vi a Susan Blond —señaló los reservados—. La vi hace un rato.

—No es la Susan que el señor busca, Glen, y podías coserte la boca.

—Si me la coso, no podría beber, Luke.

Luke Nariz Chata lo señaló con el dedo.

—Lárgate a casa, Glen.

—Sabes que no me voy antes de las doce.

—Pues esta noche te vas a largar ahora, porque no te voy a servir más *whisky* a crédito.

—Sirva otro *whisky*, Luke —dije.

Nariz Chata titubeó, pero finalmente sirvió el *whisky*. Se lo señalé a Glen.

—Puede beber. Es mi invitación.

—Gracias.

—¿Dónde está Susan Blond?

—En el reservado número tres.

Luke Nariz Chata intervino con voz agria.

—Oiga, si busca jaleo, váyase a otra parte.

—No busco jaleo.

—Susan Blond está con un cliente.

—Sólo quiero preguntarle por un asunto de familia.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Usted no me dejó.

Eché a andar hacia los reservados del fondo. Los dos primeros estaban vacíos. En el tercero había una rubia de ojos azules y un hombre de unos cuarenta años, que parecía muy bebido. Tenía

entre sus manos la de Susan, y le decía:

—¿Por qué me tratas así, Susan? Yo no merezco que me desprecies.

—Yo no te desprecio, Howard.

—Entonces ven conmigo.

—Hoy no puedo.

Me había quedado un poco atrás y ellos no me habían visto. Di un paso y ya estuve en el hueco del reservado, que no tenía puerta.

—¿Susan Blond?

Los dos me miraron.

—Sí, soy yo.

—Quisiera hablar con usted.

—Pero ella no quiere hablar con usted —dijo Howard.

—Es importante para mí —eché dos billetes de cinco dólares sobre la mesa.

A Susan se le abrieron más los ojos.

Howard se quedó hipnotizado viendo el dinero.

—Howard, date una vuelta por el mostrador —dijo Susan.

—Pero es que yo...

—Anda, pórtate como un buen muchacho y déjanos a solas.

Howard se levantó un poco desequilibrado, moviéndose a derecha e izquierda, como un gorila, y dócilmente se marchó al mostrador.

Ocupé una silla.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Susan.

—Algo sobre un tipo llamado Mario.

—¿Mario?

—Usted lo conoce. En una ocasión fue con él al motel de Charles Mason. Es el Mario que me interesa.

—¿Por qué?

—El y yo tenemos que hablar de un negocio. Los dos saldremos ganando. Mario y yo.

—No le puedo decir mucho de Mario.

—Su nombre completo.

—Mario Lucetti.

—¿A qué se dedica?

—Trabaja en un club. La Gaviota. Está en esta misma calle.

—¿En qué trabaja?

—Es un empleado de la oficina, pero no sé qué cargo es el suyo.

—¿Quién dirige ese club?

—David Moore, el propietario.

—¿Conoce a una chica llamada Pamela Foster?

—No.

—¿Está segura?

—No, no la conozco.

—Es morena, tiene veintitrés años, bonita, ojos negros. La última vez que la vi fue hace unas horas y vestía una falda roja y un niki blanco de manga larga.

—No, no la he visto.

—¿Y desde cuándo no ve a Mario?

—Desde ayer.

—Mario conoce a Pamela Foster. Los vi juntos esta tarde.

—Tendrá que preguntarle a Mario.

—Sí, será lo mejor.

Ella no había cogido todavía los billetes de la mesa.

—Son suyos, Susan. Me dijo bastante.

Salí del reservado.

El gorila llamado Howard me miró con tristeza.

—¿Ya terminó con Susan?

—Sí.

Bebí el *whisky* de mi vaso.

Glen me tocó el brazo.

—Si necesita algo en Oil City, cuente conmigo. Trabajo en Correos. Soy el que manda los telegramas.

—Gracias, Glen.

Salí de la cafetería y me dirigí al club La Gaviota, cuyas luces del anuncio vi desde allí. Se bajaba por una escalera y empecé a oír la música.

Estaba casi a oscuras, con luces rojas muy difusas. Algunas parejas bailaban en una pista circular y en las mesitas se veían más parejas.

El bar estaba a la derecha, con taburetes, algunos de ellos ocupados por hombres y mujeres.

Me senté en un taburete.

Tres hombres servían en el mostrador y a uno de ellos, rubio, le pedí otro *whisky* para no variar.

Cuando vino me pidió dos dólares, y le di otro billete de a cinco. Al paso que iba, me quedarían muy pocos dólares al día siguiente.

—Mario me citó aquí —dije.

—Está en la dirección.

Me trajo el cambio y le dejé un dólar de propina.

Bebí mi *whisky*, porque ahora necesitaba todas mis energías. Allí, tras de aquella puerta donde se leía la palabra «Dirección», se encontraba Mario, el tipo que había querido acuchillar a Pamela Foster. No me importaba que estuviese con él David Moore, porque con Mario iba a utilizar mi zarpa.

Mario necesitaba que la Garra le hiciese un saludo. Pero no podía desplegar toda mi fuerza, porque no me interesaba desnucarlo.

Eché a andar hacia aquella puerta.

CAPÍTULO VI

Entré sin llamar.

Sólo vi a un hombre que estaba sentado tras de una mesa. Tendría unos treinta y cinco años, y era bien parecido.

—¿Busca a alguien? —preguntó.

—A Mario Lucetti.

—No está.

—Me dijeron que lo encontraría aquí.

—Su informante se equivocó.

—Me interesa mucho hablar con Mario.

—Pues tendrá que ir a San Francisco.

—Fuera no me dijeron que Mario hubiese emprendido un viaje.

—Lo emprendió a la fuerza, porque yo lo despedí. —¿Cuándo?

—Hace una hora... Pero todavía no sé quién es usted.

—Ken Sullivan.

—Soy David Moore, el propietario de este club.

—Celebro conocerle, señor Moore.

—Lo mismo digo, señor Sullivan. Siento no poder hacer nada por usted.

—Quizá pueda.

Moore sonrió.

—No, no le puedo dar la dirección de Mario en San Francisco, porque él no me la indicó.

—Pero me puede dar la dirección de él en Gil City.

—Se hospedaba en el hotel Rex. Pero es inútil que vaya allí. Mario se largó en su coche cuando salió del club. Ya había hecho el equipaje cuando se llegó para cobrar su último sueldo.

—Es una pena.

—Siento que haya perdido su tiempo.

Me sonrió, pero su sonrisa me recordó la de un lobo que crió un amigo mío en una granja. Lo había encontrado en el monte y el

lobo parecía reír cada vez que mi amigo le hablaba. El lobo, cuando tenía dos años, un día se arrojó sobre la garganta de mi amigo y le destrozó la yugular.

—¿Por qué despidió a Mario, señor Moore?

—¿Es inspector del Gobierno?

—No.

—Entonces, me temo que no debería hacer esa pregunta, señor Sullivan.

—Soy investigador privado.

—¿Y qué investiga, señor Sullivan?

—A Mario.

—De acuerdo, señor Sullivan. No tengo ninguna obligación de decirle por qué despedí a Mario, pero se lo diré.

—Muy amable.

—Faltaba con demasiada frecuencia a su trabajo. Me gusta la puntualidad, y Mario no era nada puntual.

—¿Cuánto tiempo lo tuvo usted aquí?

—Dos años.

—¿Y se dio cuenta ahora de que no era puntual?

Volvió a sonreír como el lobo y comprendí sus deseos de saltar sobre mi yugular. Deseé que lo hiciese, porque en el camino, antes de que me tocase, le soltaría un zarpazo y se iba a encontrar sin cabeza.

—Señor Sullivan, si me permite decirlo, es usted muy impertinente.

—Se lo permito.

—Dirijo mi negocio y no tengo que dar a nadie cuenta de él.

—Tiene que dar cuenta a los inspectores del Gobierno —le sonreí mostrándole mi hermosa dentadura.

Se puso en pie. El no era tan alto como yo, aunque parecía musculoso. Debería pasar muchas horas en el gimnasio y, sobre todo, bajo los rayos ultravioleta, porque estaba tan moreno como si viniese de Miami. Se lo pregunté.

—¿Estuvo hace poco en Miami?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque allí están los jefecillos del juego sucio.

Alargó la mano hacia el teléfono.

—Si no sale de aquí, llamaré a la policía, Sullivan.

—¿A su amigo el capitán Fenton?

—Es posible que sea al capitán Fenton, y le aseguro que usted lo pasaría muy mal.

—Ya me voy, señor Moore.

Me dirigí hacia la puerta. La abrí. Entonces volví la cabeza y dije:

—Si ve a Pamela, díglele que la estoy buscando.

—¿Pamela? ¿Qué Pamela?

—Pamela Foster.

—No sé quién es Pamela Foster.

—Todavía no he encontrado a nadie en esta ciudad que conozca a Pamela Foster, y me estoy preguntando si ella existió alguna vez. ¿Qué le parece a usted?

—No puedo opinar, señor Sullivan. No sé a qué mujer se está usted refiriendo.

—Gracias por nada, señor Moore —dije, y salí de la cueva.

De pronto, una mujer gritó:

—¡Bastardo, quítame las manos de encima!

El incidente estaba ocurriendo en una mesa, a la izquierda. Una joven estaba de pie y parecía muy furiosa. Se cubría con una traje escotado, negro, y era muy atractiva, con el cabello rojizo, y unos ojos negros que brillaban como el carbón mojado.

El bastardo a que ella se refería estaba frente a ella.

—Cálmate, Margaret.

Aposté conmigo mismo a que ella era Margaret Bresson. Los familiares de los tipos poderosos hablan así. Son capaces de armar el escándalo donde sea.

—Apártate de mi vista, Richard.

—¿Por qué no salimos y hablamos un momento?

—Yo no iría contigo a ninguna parte.

La joven fue a salir de la mesa, pero Richard la detuvo por el brazo.

—¡Quítame tu sucia mano de encima! —exclamó la joven.

Era mi oportunidad y decidí aprovecharla.

Caminé hacia ellos y dije:

—Suéltela.

—Eh, ¿por qué se mete? —dijo Richard, que parecía un atleta de esos que levantan pesas.

—Tengo que meterme porque la señorita le está pidiendo que la deje en paz.

—Conque un héroe.

—Puede llamarme como quiera.

—Se va a ir a dormir, héroe.

—¿Usted cree?

—Y se va a acostar aquí mismo.

Dejó libre a Margaret y me tiró el puño a la cara. Lo burlé con facilidad y le pegué con mi derecha.

El tipo voló como una pluma y fue una suerte para el propietario del local, David Moore, que sólo encontrase aire en su camino, porque habría partido un par de mesas y una silla.

Dio una vuelta de campana y quedó despatarrado como un sapo. Ya no se movió.

La pelirroja me estaba observando con un gesto de sorpresa.

—Usted pudo con Richard.

—Estuvo flojo como rival. ¿Adónde quiere que la lleve?

—Es usted muy gentil.

—Estoy en el pueblo de paso y tengo mucho tiempo libre.

Quería marcharme de allí cuanto antes. Un camarero estaba tratando de reanimar a Richard. Algunas personas miraban hacia nosotros y no me interesaba que David Moore saliese de su guarida, porque podía impedir que yo saliese con la joven.

La atraje con suavidad, y ella fue obediente y se vino conmigo.

Salimos del club.

—Tengo mi auto ahí —dije.

—Prefiero el mío. Es un «Jaguar».

—Pero quedamos en que yo te llevaría a alguna parte —la tuteé.

—Yo seré quien te lleve a ti —sonrió.

—Como tú quieras.

Entramos en su coche deportivo y ella, apenas se puso al volante, lo disparó como se disparan los cohetes en Cabo Cañaveral. Creí que íbamos a atravesar la casa que teníamos delante, pero la pelirroja hizo girar el volante en el momento oportuno.

—¿Asustado?

—No.

Ella sonrió.

—Soy Margaret Bresson.

—Ken Sullivan.

Le miré la cara por si sabía de mí, pero no lo demostró. Me obsequió con una sonrisa.

—¿Qué haces en este pueblo indecente, Ken?

—Estoy buscando nuevos clientes para mi mercancía.

—¿Cuál es?

—Libros.

—Entonces, debiste pasar de largo. En este pueblo se lee muy poco. Sólo el periódico de mi tío.

—¿*El Bresson City*?

—Eso tuvo gracia. Se llama *El Centinela de Oil City*. Conque has oído hablar de los Bresson.

—No tuve más remedio. Me informaron que los Bresson son la gente más importante. Pensaba visitar a tu familia.

—Mi tío tiene muchos libros.

—Pero quizá pasó por alto algunos de los míos. Vendo buenas enciclopedias.

Alargó la mano y la puso sobre mi brazo derecho.

—Tú eres la enciclopedia que a mí me interesa, y estás muy bien encuadernado.

—Eh, Margaret, que vas muy deprisa.

—A ciento veinte millas por hora.

Me miró intencionadamente y le vi un diablo en cada ojo.

Así que ella era Margaret Bresson, la mujer que había ido un par de veces al motel de Charles Mason con Clark Martin. Ahora la había conocido en el club La Gaviota, con un tipo de aspecto de atleta, y para empezar, me decía que yo estaba hecho con buena encuadernación, mientras me masajeaba el bíceps. Estaba claro. Era una chica sin inhibiciones y me dije que ella habría servido de modelo para Renoir. Qué gran sello habría hecho Margaret. Y el director del Correo del país árabe se habría ganado otra medalla.

—¿Casada? —le pregunté, aunque no me habían dicho que lo estuviese.

—¿Crees que soy capaz de hacer esa barbaridad?

—Podías haber encontrado al hombre de tu vida.

—Seis.

—¿Eh?

—Seis hombres de mi vida he encontrado. Pero, cuando empecé

a pensar en casarme con alguno de ellos, los mandé al infierno.

—¿Adónde me llevas?

—Al paraíso.

—Me dijeron que eso queda por Asia Menor, entre el Tigris y el Eufrates.

—No vamos tan lejos —sonrió—. Nos llevaría demasiado tiempo y las horas han sido hechas para aprovecharlas hasta el último segundo.

—¿Por qué peleabas con Richard?

—Porque ya pensé en la posibilidad de casarme con él.

—Entonces te voy a pedir un favor, Margaret.

—¿Cuál?

—No pienses en casarte conmigo durante las próximas dos horas.

Ella se echó a reír.

—Eres un tipo estupendo.

—Y tú una chica muy deportiva.

—Me pondré el bikini para que lo compruebes.

—¿Y dónde va a ser eso?

—En el lago.

Se debía referir al lago del motel de Charles Mason, pero podría haber otros lagos en la región.

Corríamos en la oscuridad de la noche y habíamos dejado atrás Oil City.

De pronto, a la salida de una curva, vimos a un coche de la policía y algunos agentes con linternas.

Solté una maldición, porque recordé a Clark Martin, el falso agente.

Me preparé porque no consentiría otra trampa.

Sin embargo, vi al capitán Fenton.

Un agente nos estaba haciendo señales con la linterna para que nos detuviésemos.

—¿Qué querrán estos malditos polis? —dijo Margaret.

Frenó y el propio capitán Fenton se acercó a Margaret por la ventanilla.

—Buenas noches, Margaret.

—¿Qué pasa, capitán?

—Un accidente. Un hombre cayó al precipicio con su coche.

—¿Alguien importante?

—Mario Lucetti. Trabajaba en el club La Gaviota.

CAPÍTULO VII

—Oh, sí, conocía a Mario —dijo Margaret.

Entonces el capitán me descubrió y se quedó sorprendido.

—¿Usted, Sullivan?

—Sí, capitán, todavía no me fui a Salinas.

No le gustó nada que yo estuviese en compañía de Margaret Bresson. Pero a mí tampoco me gustaba la noticia que me acababa de dar, que Mario se hubiese ido al otro mundo sin hablar conmigo.

—Capitán, dijo que no conocía a ningún Mario.

—No lo conocía. Un agente me dio su nombre y me dijo en qué se ocupaba. ¿Satisfecho, investigador privado?

Ya me había pegado la puñalada.

Margaret me miró, pero no dijo nada.

—¿Adónde se dirige, señorita Bresson? —Gruñó Fenton.

—¿Desde cuándo tengo que informarle de mis pasos, capitán?

—Perdone.

—¿Podemos marcharnos ya?

—Desde luego.

—Gracias, capitán.

Margaret hizo arrancar el coche, aunque lo hizo más moderadamente que cuando emprendimos el viaje.

—Enciéndeme un cigarrillo, ¿quieres sabueso?

Encendí dos y le puse uno en los labios.

Dio una chupada al cigarrillo y después de expulsar el humo dijo:

—¿Por qué me engañaste?

—En esta ciudad son muy precavidos. Piensan mal de la gente de fuera. Y yo soy un forastero.

—Vi la cara del Capitán cuando te estaba mirando, y parecía que se había tragado un abejorro.

—Sí, es posible que el verme le haya producido ese efecto.

—¿Por qué?

—Le he complicado un poco la vida.

—No me interesa tu historia. ¿Sabes una cosa? No me gusta preocuparme por los demás, y para ello es preciso que los demás no me preocupen.

—¿Te preocupó Clark Martin?

—¿Lo conociste?

—Sí.

—Entonces sabrás que es un hijo de perra.

—Estamos de acuerdo, Margaret.

—Mucha encuadernación y muy poco contenido.

—Conque es un libro que rechazaste.

—Era aburrido.

—Sin embargo, a mí me gustaría mucho leer lo que hay en el cerebro de Clark Martin.

—Te resultaría monótono.

—¿Qué hace él en Oil City?

—Trabaja en una de las empresas de mi tío.

—¿En cuál de ellas?

—En la de Seguros Generales.

Me llegó el turno de reír.

—¿Dónde está el chiste, sabueso?

—Me he imaginado a Martin haciendo pólizas de vida y cargándose a los asegurados.

—Clark no hace esas cosas.

—No estoy tan seguro.

—¿Te refieres a la muerte de Mario?

—Sí.

—Oye, ¿sabes lo que me parecen?

—¿Otro libro aburrido?

—No, un tipo con el cerebro tortuoso. Clark Martin y Mario no tenían nada que ver. Mario trabajaba en el club La Gaviota, y ya te he dicho lo que hace Clark Martin.

—Oh, sí, Clark es un tipo muy aburrido y quizá por eso, en los ratos de ocio, para divertirse, se disfraza de policía.

—Nunca lo he visto vestido de policía.

—Yo sí.

—¿Estás seguro?

—Sí, al menos me dijo que se llamaba Clark Martin. Es alto, moreno, de nariz aguileña, mentón un poco hendido...

—No sigas, es Clark Martin.

—Pues es el policía que trató de convencerme de que mi salud peligraba en Oil City.

—Te dije que no me contases tu historia.

—A la orden, mayor.

Me miró con los ojos entornados.

—Cuando salimos del club, creí que tú y yo íbamos a pasar un buen rato.

—Si has cambiado de opinión, da media vuelta.

—¿Crees que no lo haría?

—Anda, hazlo.

Se echó a reír de pronto.

—Leí de ti el prólogo y quiero conocer un par de capítulos.

Siguió por el camino que conducía al motel.

La luz de la oficina estaba encendida.

Margaret pasó de largo y detuvo el coche a la orilla del lago, donde había varias casetas y una cabaña.

—Ven conmigo, Ken.

Fuimos a la cabaña y la abrió con una llave.

La cabaña tenía dos secciones, con duchas y armarios en la pared.

—Ponte el bañador —dijo Margaret—. Encontrarás alguno de tu medida en los armarios.

Me puse el bañador y salí de la cabaña.

¿Qué habría pasado con Pamela? Si estaba muerta, no podía hacer nada por ella, salvo descubrir a sus asesinos. Pero podía estar viva y yo estaría allí perdiendo el tiempo.

—¿Qué tal estoy? —dijo Margaret, apareciendo por detrás.

No me equivoqué en lo de que ella hubiese servido de modelo para Renoir. Era como una de aquellas mujeres que el pintor francés había inmortalizado.

—No digas nada, sabueso. Tus ojos lo están diciendo todo —echó a correr y se arrojó al agua.

Reapareció en la superficie y gritó:

—Está estupenda. Anda, te desafío a una carrera hasta la balsa.

Salté al lago. El agua era buena, como la joven había dicho.

Cuando asomé la cabeza, Margaret dijo:

—¿Qué estás esperando? A nadar. Si me ganas te doy un beso.
Braceé con energía.

Yo podría haber ganado y me habrían bastado media docena de brazadas de mi garra, pero dejé que ella llegase antes.

Subió a la balsa y, cuando yo trataba de subir, me echó los brazos al cuello y me besó.

—Fui el derrotado —dije cuando pude respirar—. Perdí el beso.

—Creí que si yo ganaba te lo daba.

Se tendió en la balsa y me senté a su lado.

—Ken, ¿por qué el mundo es tan miserable?

—Porque hay mucha gentuza.

—Sí, creo que la hay.

—Pero tú no la notarás. Lo tienes todo, Margaret.

—Quizá por eso echo más de menos otras cosas.

—¿Cuáles?

—Luchar por la vida, por ejemplo.

—Puedes arreglarlo. Renuncia a todo lo que tienes. Puedes decirle a tu familia: «Muchachos, Margaret Bresson se cansó de todo esto. Me largo a ganarme la vida y sabré cómo hacerlo».

—No sabría cómo hacerlo, Ken.

—Todo es intentarlo.

—No, yo no podría. Acabaría en un tugurio.

—No es la forma de ganarse la vida a la que yo me refería.

—Oh, sí, te refieres a que puedo ser una secretaria eficiente.

—¿Por qué no? Podrías ser como Pamela Foster.

Era un golpe al azar. Yo no sabía siquiera si Pamela Foster era una secretaria. Margaret había cerrado los ojos y continuó con ellos cerrados.

—¿Quién es Pamela? —preguntó—. ¿Tu prometida?

—No, una chica a la que Mario quería acuchillar. Pude salvarla, pero luego la perdí, porque dos tipos me la quitaron, dejándome sin conocimiento.

Margaret se incorporó, quedando sentada, y se volvió hacia mí con toda la furia del mundo. Sus senos se agitaban en la piececita de tela que los cubría.

—¡Bastardo! ¡Te dije que no me contases tu historia!

Me pegó una bofetada, y yo le pegué otra. Pero utilicé la mano

izquierda, porque con la derecha la habría mandado a la montaña.

—¿Qué has hecho? —chilló al borde del histerismo.

Me pegó una segunda bofetada, y yo le contesté con otra.

—Podemos estar así hasta mañana, linda.

De pronto, se echó en mis brazos llorando.

—Soy muy desgraciada, Ken.

Le di unas palmadas en la espalda.

—¿Por qué, Margaret?

—No hay nadie que se tome interés por mí.

—Hay muchos hombres que se toman interés por ti.

—No me refiero a esa clase de interés, sino al que tú sientes por Pamela.

Apartó su cara de mí y preguntó:

—¿Conocías a Pamela antes de llegar a Oil City?

—No.

—Viste que la iban a matar y la salvaste... Y luego te seguiste interesando por ella.

—Así fue. Comprendí que Pamela necesitaba mi ayuda, porque, si la dejaba sola, Mario o cualquier otra persona la mataría.

—Te enamoraste de Pamela.

—No me enamoré.

—¿Es bonita?

—Sí.

—¿Y dices que no te enamoraste?

—Habría hecho lo mismo con otra mujer, aunque fuese fea.

Se secó las lágrimas con los nudillos, se arrojó al agua sin decir nada y se puso a nadar hacia la orilla.

Yo la seguí.

Cuando llegué a tierra, Margaret ya había entrado en la cabaña.

Entré también y fui a la sección en donde me había desvestido.

Me sequé con una toalla y me puse el traje.

Oí ruido.

—Margaret.

No me contestó.

—¿Vas a salir, Margaret? Quiero volver a Oil City.

—Espérame fuera. Enseguida salgo.

Fumé un cigarrillo mientras esperaba.

Por fin salió, pero tambaleante. Tenía un frasco de *whisky* en la

mano y estaba casi vacío.

Se puso una mano en las caderas y vino hacia mí contoneándose.

—Yo soy más sugestiva que Pamela.

—Digamos que lo eres tanto como ella.

—Pues sálvame.

—¿De qué te tengo que salvar, Margaret?

—De los Bresson.

—Te dije que eso lo debes hacer tú sola.

—Entonces, ¿te marcharás sin mí?

—Sí.

Levantó la botella para rompérmela en la cabeza, pero yo se lo impedí. Cayó en mis brazos y rió diciendo:

—Oh, Ken, qué borrachita estoy.

—¿Cuánto bebiste?

—Todo el frasco.

—Estás chiflada.

—Deja que duerma sobre tu pecho. Se está muy bien. Es como un colchón duro.

—Tenemos que regresar a la ciudad.

—Cuando haya dormido sobre este colchoncito.

La cogí en brazos y la llevé al coche.

Naturalmente, esta vez el volante lo manejé yo. Cuando arranqué el «Jaguar», Margaret se había dormido.

Llegamos a Oil City. Yo no sabía dónde estaba la casa de los Bresson, pero era la familia más popular. Vi a Glen salir de la cafetería.

—Eh, Glen.

—Hola, forastero, ¿qué tal le va por aquí?

—No me puedo quejar.

—Caramba, si es la señorita Bresson.

—Sí, la quiero llevar a su casa, pero no sé dónde está.

—Al final de la calle, a la izquierda. No tiene pérdida porque es la casa más grande de ladrillo rojo.

—Gracias, Glen.

Llevé el coche al final de la calle y luego torcí a la izquierda. Vi la casa enseguida, rodeada por un jardín cuyo portón estaba abierto.

Estacioné ante una escalera, cuyo porche tenía columnas de

mármol blanco.

Cogí otra vez en brazos a Margaret, y llamé a la puerta pulsando un timbre. Me abrió un criado.

—¿Le ha pasado algo a la señorita Bresson?

—No, sólo está dormida.

Pero él olió el *whisky* y arrugó la nariz.

Pasé por su lado con la muchacha en brazos.

—¿Adónde la llevo?

—Su habitación está arriba. Cuarta puerta.

En el vestíbulo se podría jugar la final de la copa de fútbol, con equipos de seis jugadores.

Subí la escalera, crucé un corredor y abrí la cuarta habitación. Dejé a Margaret en el lecho.

Margaret despertó y dijo:

—Oh, Ken, prefiero tu colchoncito.

Y se quedó otra vez dormida.

De pronto, una voz a mis espaldas preguntó:

—¿También la va a desvestir?

Di la vuelta y vi a la mujer más hermosa que he conocido en mi vida.

CAPÍTULO VIII

Era alta, rubia, de ojos claros, el rostro bellísimo, los senos altos y firmes, las piernas muy largas. Se enfundaba en un vestido de noche verde brillante que la cubría hasta los tobillos. Podía tener veintisiete años, o quizá tuviese más de treinta.

—Soy la señora Bresson.

—Ken Sullivan, señora Bresson.

—Entiendo, el nuevo *gígolo* de mi sobrina.

—Sabe mucho francés.

—Permanecí el suficiente tiempo en París para saber lo que es un *gígolo*.

—No soy un *gígolo*, señora Bresson —me acerqué a ella.

Sonrió con desprecio.

—Todos dicen lo mismo. Lárguese.

Pero yo no me moví.

—¿No me ha oído, señor Sullivan?

—La he oído perfectamente. Está demasiado acostumbrada a mandar. ¿Ya pidió al esclavo que le encendiese la chimenea?

—No sea insolente.

—Y ahora le habrá ordenado que le prepare su baño con leche de burra.

Levantó la mano para abofetearme, pero la agarré por la muñeca. Con otra mano me toqué la cara.

—Señora Bresson, su sobrina ya me pegó dos bofetadas esta noche.

—Bien hecho.

—Yo le contesté con otras dos para quedar a la par. Dejé que ella me pegase, pero no puedo dejar que lo haga usted, porque no quiero estropear su lindo maquillaje.

—Bastardo.

—También me dijo ella eso, y ahora sé de quién lo aprendió.

—Suélteme la mano.

—Prometa que no va a intentar pegarme.

—Prometido.

La dejó libre el brazo y ella se frotó la muñeca.

—¿Qué tiene que ver con mi sobrina, señor Sullivan?

—Nos conocimos casualmente.

—¿Va a seguir usted en la ciudad?

—Es posible.

—Quiero que deje en paz a Margaret.

—¿Por qué?

—No pregunte por qué. Estoy dispuesta a pagarle para que se marche. No me gusta que Margaret se relacione con ciertos hombres.

—Puedo presentarle un certificado de no haber sufrido la viruela.

—Su chiste no me hace ninguna gracia —dijo.

—Lo siento de verdad.

—No ha contestado a mi oferta.

—De modo que se interesa porque Margaret no vaya con malas compañías.

—Así es.

—Sin embargo, Margaret ha ido con malas compañías.

—No lo pudimos evitar, pero hasta ahora ninguno de los sujetos que ella conoció se atrevió a traerla en brazos a casa.

—Señora Bresson, su sobrina bebió con exceso.

—Bebió con exceso porque usted hizo que bebiese.

—No, señora Bresson. Margaret bebió a solas y, cuando yo traté de impedirlo, ya era demasiado tarde. Pero no espero que usted me crea.

Pasé por su lado y antes de salir me detuve:

—Ah, señora Bresson, en cuanto a su oferta, no necesito su dinero. Estoy ocupado en un asunto. Cuando lo acabe, me largaré de Oil City. Y puede estar tranquila con respecto a su sobrina. Ella no me interesa.

La señora Bresson no se volvió ni para mirarme.

Salí de la habitación y bajé la escalera.

El criado estaba al pie.

—No hace falta que me acompañe. Sé el camino —le dije.

Se quedó tieso donde estaba y salí de la casa.

No había venido en mi coche, sino en el «Jaguar» de Margaret, de modo que eché a andar por el camino hacia el portón.

Mientras regresaba a la calle principal, me puse a pensar otra vez en Pamela Foster. Yo había ido de un lado a otro y estaba como al principio, aunque supiese más cosas de Oil City y de la familia Bresson. Pero no había adelantado un paso en lo que se refería al misterio que rodeaba a Pamela. ¿Por qué la querían matar? Todas las personas a las que había preguntado me decían no conocer a Pamela Foster. Pero yo sabía que existía. La había tenido a mi lado. Habíamos viajado juntos y hasta nos alojamos en el mismo *bungalow*, en el motel del lago, hasta que ellos se la llevaron. Pero sabía el nombre de uno de los secuestradores, Pat Miller.

Mario me podría haber dicho mucho, pero a Mario le habían quitado de en medio. Lo habían asesinado, a pesar de que el capitán Fenton hablase de un accidente. Mario había fallado y alguien le había ajustado las cuentas. Probablemente el jefe. Pero ¿quién era el jefe? ¿David Moore, el propietario de La Gaviota?

Escuché mi voz interior:

«No te pusiste en marcha porque te contrató un cliente, Ken. Todo fue cosa tuya. ¿No tienes la impresión de que el círculo se está estrechando alrededor de ti? ¿No tienes la impresión de que de un momento a otro van a repartir hule y tú te vas a llevar toda la ración?».

Le dije que sí a mi voz interior, para que se callase, que se iba a repartir hule y que yo quizá iba a acaparar el que se repartiese.

Pero yo conocía la dirección de Clark Martin. Era mi siguiente visita, y por eso, quizá mi voz interior se refería a lo del reparto. Lo bueno que tienen los pueblos pequeños, es que los negocios importantes están en el centro. La Sociedad de Seguros Generales Bresson se ubicaba en la tercera planta de un hermoso edificio.

El encargado no estaba. Me metí en la jaula del ascensor y apreté el botón correspondiente.

Una vez arriba, me dirigí hacia las oficinas de la sociedad, que estaban a la derecha. Abrí la puerta. Una joven rubia estaba hablando por teléfono con un cliente. Le decía que al día siguiente le mandaría la póliza y que no tenía que preocuparse porque la Compañía cargaría con la responsabilidad de cualquier accidente

desde aquel momento. Sólo le faltó agregar que el cliente podía pegarse el tiro aquella misma noche o pegar fuego a la casa.

Colgó y me miró.

—Hola, soy Mary Forrest.

—Y yo Ken Sullivan. Quiero hablar con Clark Martin.

—Está dentro, pero se va a ir.

—Tengo un negocio con él de medio millón de dólares. No me anuncie. Clark y yo nos conocemos. Se va a llevar una gran alegría al verme.

Agregué mi sonrisa más convincente, y ella también sonrió con su sonrisa, para los hombres altos y decididos.

Crucé la oficina y abrí una puerta.

Clark Martin estaba ante una ventana, dándome la espalda, y se volvió.

Por primera vez lo vi sin gafas y sin uniforme de policía. Era muy alto, un par de pulgadas más que yo, y fuerte.

No hizo el menor gesto de reconocerme.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Mucho. Dígame el nombre de su sastre. Necesito un uniforme de policía para el próximo carnaval de Río.

—Si no sale de aquí ahora mismo...

—Llamará a la policía —le dije.

Era un buen chiste, pero no lo celebró como merecía.

Clark se dirigió hacia la mesa. Yo eché a correr, y él también corrió.

Llegamos los dos al mismo tiempo a la mesa, pero Clark ya había alargado la diestra hacia el cajón.

Le casqué con la mano buena, mi zarpa.

Clark se derrumbó en el suelo y chocó contra la pared.

Terminé de abrir el cajón y vi la pistola, aunque ahora no tenía cinturón ni funda.

—Maldita sea —rezongó Clark.

Le apunté con la pistola y me senté en el bordillo de la mesa, esperando a que el grandullón se levantara. Por fin lo hizo y se pasó la mano por la boca. Tenía sangre.

—Me ha partido un diente.

—Eso no es nada para los dientes que te voy a partir.

—¿Es que no está en su sano juicio?

—Oh, no, estoy completamente loco. Figúrate. Yo iba a Salinas con una muchacha y, de pronto, dos policías me interceptaron el camino, y uno de ellos me dijo muy amablemente que podía pasar la noche en un motel...

—No puede probar que fui yo.

—Óyeme, Clark. Da la casualidad que soy un investigador al que importa un cochino rábano que se pueda probar ante un juez que tú eres un canalla. ¿Y sabes por qué? Porque para mi eres un canalla, sin necesidad de juicio. Ésa es mi ventaja.

Dejó que rumiase mis palabras.

Empezó a asustarse y tenía razones para ello.

—Oiga, señor Sullivan, esto lo podemos arreglar.

—Estupendo. A eso vine. ¿Dónde está Pamela?

—¿Pamela?

—La chica que venía conmigo. Y no vuelvas a hacerme la comedia del motel. Viste a la chica, pero negaste que ella viajase en mi compañía.

—Sólo negué que fuese su esposa.

—Entonces, Pamela existe.

—Sí.

—Clark, me has quitado un peso de encima.

No tenía sentido del humor, porque en su rostro vi una expresión estúpida.

—Señor Sullivan, cuando le dije que se podía arreglar, no me refería a que continuásemos hablando de Pamela.

—¿Ah, no?

—Tengo una oferta muy interesante para usted.

—Adelante, Clark.

—Dos mil dólares.

—¿Dos mil dólares por qué?

—Recibirá los dos mil dólares inmediatamente. Y usted montará en su coche y se largará de Oil City.

—Clark, lo peor que tenéis los canallas es que creéis que los demás también lo son.

—Dos mil dólares es una oferta seria, Sullivan. Dos mil dólares es mejor que nada.

Lo había dicho con una sentencia de Confucio. Merecía un aplauso y se lo di haciendo chocar el cañón del revólver contra su

pómulo.

Clark pegó un chillido y retrocedió. Esta vez no le hice sangre, pero en unos minutos tendría en el pómulo una buena moradura.

—Yo voy a hacer una contraoferta, Clark. Quiero a Pamela y no pago nada por su devolución.

—No sé dónde está Pamela.

—Pero sabrás donde está Pat Miller y el otro granuja.

—No, tampoco lo sé.

—Pat Miller y su compinche son de tu misma pandilla.

—Se equivoca. Yo no tengo nada que ver con Pat Miller y con...

—Anda, di el otro nombre. Dilo, maldita sea, si no quieres que te rompa la nariz.

—Alan Dixon.

—¿Y decías que no tenías nada que ver con ellos?

—Conozco sus nombres, pero ellos no son de aquí. Vinieron de fuera.

—Porque los trajiste tú.

—No, no los traje yo.

—Has emprendido el buen camino, Clark. No te detengas. ¿Quién es el jefe? Anda, dilo.

Eché a andar balanceando el brazo con la pistola.

Esta vez supo que el golpe iba a ser más duro que los de antes.

—El nombre del jefe, Clark.

—Gregory Bresson.

CAPÍTULO IX

Había nombrado al jefe del clan. Al hombre importante de Oil City. Al tipo que poseía la Sociedad de Seguros Generales Bresson, la Factoría de Piritas Bresson, la Fábrica de Maquinaria Agrícola Bresson, y otras quince o veinte sociedades más. Al marido de la rubia más hermosa que yo había visto en mi vida.

—Hemos llegado a un punto importante, Clark.

—Escuche, Sullivan. La oferta era de dos mil dólares, pero estoy seguro que podré conseguirle algo más para usted.

—¿Cómo cuánto más?

—Otros dos mil.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

Se asombró bastante.

—Sí, Clark, no puedo tirar cuatro mil dólares por la ventana.

Sonrió por primera vez desde que entre allí.

—Sabía que era un hombre inteligente, Sullivan.

—Al grano, Clark.

—Sólo tengo aquí dos mil dólares.

—No puedo fiarme. Llama por teléfono al señor Bresson y dile que necesitas más dinero. Luego, hablaré yo con él.

—¿Con él? ¿Para qué?

—Para concertar una entrevista.

—Usted no puede hablar con el señor Bresson.

—Claro que hablaré con Gregory Bresson y recibiré los cuatro mil dólares de él.

—No, señor Sullivan. Eso no puede hacerse. ¿Es que no lo comprende? El señor Bresson no puede hablar con usted. Yo soy el intermediario.

—No te necesito para cobrar los cuatro mil dólares.

—Sea comprensivo, Sullivan. Si usted hablase con el señor

Bresson, él no admitiría nada. Ni siquiera querría hablar con usted. Es una cosa lógica. El señor Bresson está muy alto, y no se puede ocupar directamente de un asunto como éste. Además, el señor Bresson tiene que presidir esta noche una importante cena en la Unión Cívica.

Recordé el traje de noche de la señora Bresson. Así que, el señor Bresson y su linda mujer iban a una fiesta de alto rango.

Clark Martin siguió hablando:

—Llamaré al hotel Turkel. Podré arreglárselo para dentro de una hora.

—Supón que doy una respuesta afirmativa.

—Le conviene, señor Sullivan.

—Le conviene al señor Bresson.

—Digamos que nos conviene a todos.

—Correcto, Clark, pero quiero saber qué hicieron Pat Miller y Alan Dixon con Pamela.

—Yo no sé nada de eso —contestó a la defensiva.

—¡Necesito saberlo, Clark!

Ya sabía el nombre del jefe de aquella conspiración siniestra contra Pamela Foster, pero ignoraba dónde estaba ella y ya no podía dejar que pasase un minuto para recuperar a la muchacha. Quizá fuese demasiado tarde para volverla a ver viva, pero tendría que sacarla de la tierra si ya habían enterrado su cadáver.

—¿Dónde está Pamela, Clark?

Se asustó de nuevo, porque en mis palabras estaba toda la ira del mundo, a pesar de que se las había dicho con mucha suavidad. Pero mi voz era ronca y mi cara debía reflejar muchas cosas feas para el falso policía.

—Tranquilícese, señor Sullivan... Usted y yo vamos a hacer un negocio. No necesita saber nada de Pamela.

—¡Lo quiero saber todo!

—Está bien. Se lo diré. Ella conoció a Gregory Bresson en otra ciudad. Fue un lío de faldas. Usted ya me entiende. Y luego, ella vino aquí a chantajearlo. Quiso armar un escándalo, a pesar de que el señor Bresson prometió entregarle una buena cantidad...

Hizo una pausa.

Yo estaba anonadado tras escuchar aquello. Me estaba jugando el tipo por una chantajista.

Clark sonrió.

—¿Lo ve, señor Sullivan? Todo lo que hicimos fue impedir que se cometiese un delito.

—De acuerdo, Clark. ¿Qué habéis hecho con ella?

—Los muchachos la amenazaron. La quitaron las pruebas que tenía y la pusieron en camino de su casa.

Arrojé la pistola a un rincón y salí de allí.

No miré siquiera a la mecanógrafa.

Necesitaba respirar aire puro.

Sentí deseos de meterme en el coche y largarme de Oil City.

Pamela no me quiso contar su historia porque era una chantajista. Me había metido en un asunto podrido. Alguien me había podido romper el cráneo y yo habría seguido adelante. Recordé las palabras del teniente Alex Coster. Me las había repetido una y otra vez. Yo era terco como una mula. Me encargaban un asunto y seguía con él, pese a todo, hasta que me estrellaba contra un muro.

Me acababa de estrellar contra el muro en Oil City. Un pueblo de porquería.

—Hola, señor Sullivan.

Era Glen, el telegrafista.

—Creí que se había ido a su casa, Glen.

Me molestó su presencia y me habría molestado la presencia de *Miss Universo*. Hay momentos en que uno siente asco del mundo en que vive y de la gente que le rodea.

—Fui a casa a por dinero —me dijo Glen—. Le invito a un trago.

¿Qué importaba un trago más o menos? Y la verdad era que me estaba haciendo falta eso, Un trago tras otro, hasta emborracharme como Margaret Bresson.

—Aceptado, Glen.

Fui a cruzar la calle para ir a la cafetería Liberty, pero Glen me cogió del brazo.

—No, allí no, señor Sullivan. Luke me prohibió la entrada.

—Pero ahora viene conmigo. —Estaba lleno de ira y deseé que Luke Nariz Chata se opusiese, para achatarle más la nariz con mi garra.

Eché a andar y Glen me siguió a saltitos.

Luke Nariz Chata arrugó el ceño al vernos entrar.

—Glen, te dije que no entrases aquí.

—Viene conmigo, y él es mi amigo. ¿Pasa algo? —lo desafié.

Pensé que iba a salir del mostrador con una barra, pero algo debió leer en mi cara, porque se desinfló.

—Está bien —dijo.

—Trae una botella de *whisky* y dos vasos al primer reservado —le ordené.

Glen estaba bajo los efectos de las primeras copas que bebió cuando lo conocí.

—¿Le gusta nuestra ciudad? —preguntó.

—Es muy linda.

Luke dejó la botella y los dos vasos.

Glen sirvió.

—Por usted, señor Sullivan.

—Gracias.

Bebimos un trago y encendimos cigarrillos.

—Usted debe ser un tipo importante, señor Sullivan.

—¿Por qué?

—Por el telegrama.

—¿Qué telegrama?

—No sé si debo decirlo, pero usted me parece una buena persona y un tipo simpático.

—Gracias, Glen.

—Pasé por la oficina después que cogí el dinero de casa, y bueno, vi el telegrama que había enviado Mike Roland, el hombre que me sustituye, preguntando por usted.

—¿Adónde estaba dirigido el telegrama?

—A Los Ángeles. A la Agencia de Investigaciones Roberts.

—¿Cuál es el texto del telegrama?

«Se urge información acerca de Ken Sullivan,
investigador privado».

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Quién lo firmaba?

—Bresson.

No me hizo mucho efecto la confidencia de Glen. Después de todo, era lógico, desde el punto de vista de Gregory Bresson, pedir

información de un tipo que se había metido en su perrera.

Di un suspiro.

—¿Llegó la respuesta, Glen?

—Sí.

—No hace falta que me diga el texto si no quiere.

—Se lo puedo decir. Tengo buena memoria, ¿sabe? Llevo treinta años en la oficina. El texto dice:

«Ken Sullivan, investigador privado audaz. Se ha ganado la enemistad de casi todos sus colegas y la policía. Expulsado de la ciudad por un mes, por excesivo abuso de sus privilegios. Conocido en los bajos fondos con el nombre de la Garra. Hombre peligroso».

Reí otra vez de buena gana. Conocía a Harry Roberts. Era un gordinflón que coleccionaba orquídeas, y que se pasaba todo el rato bebiendo cerveza. Un tipo que, cuando hablaba, resultaba más pesado que su enorme humanidad de ciento veinte kilos.

—¿Está metido en un lío, señor Sullivan? —inquirió Glen.

—Lo estaba.

—Seguro que ha sido por una mujer.

—¿Cómo lo sabe?

—Siempre hay una mujer.

—Sí, Glen, es usted un hombre experimentado. Fue por una mujer, pero ya me olvidé de Pamela Foster.

—¿Pamela Foster ha dicho?

—¿La conoce?

—No, pero recuerdo que hace unos días le envíe un telegrama a San Luis.

Mi pulso se aceleró.

—¿Qué decía ese telegrama?

Glen levantó la mirada hacia la pared que estaba tras de mí y luego dijo:

—«Ven a Oil City, Pamela. Te espero con ansia. Abrazos y besos».

—¿Ya está todo?

—Sí.

—¿Quién firmaba eso?

—Bresson.

—¿Entregaron el telegrama a mano?

—No, lo hicieron por teléfono. Llamaron desde la casa de Bresson.

—¿Quién llamó?

—Una mujer.

—¿Dijo quién era?

—No.

—¿No reconoció la voz?

—No, señor.

—¿Cuándo puso ese telegrama?

—Hace tres días.

—¿Recuerda la dirección de Pamela Foster en San Luis?

—No, pero si la necesita, la puedo ver.

—No me hace falta ahora.

Habíamos apurado los vasos y Glen sirvió otra vez.

Me levanté y dejé dos billetes de a cinco dólares sobre la mesa.

—¿Qué hace, señor Sullivan?

—Me tengo que marchar, Glen. Debo asistir a una fiesta.

—Ya le he dicho que tengo dinero. Deje que le invite.

—No, Glen, me ha hecho usted un gran favor y con esto no le pago nada. Se lo aseguro. Dígame, ¿dónde está el hotel Turkel?

—Siga hasta el final de la calle, por la izquierda. Al llegar allí verá una plaza. El hotel Turkel está a la derecha.

Le hice a Glen un saludo y me puse en marcha.

CAPÍTULO X

Entré en el hotel Turkel. Del salón donde se estaba celebrando la fiesta, salía un zumbido como el de cien abejorros.

En la puerta había un tipo estirado que recogía las invitaciones, y yo no tenía ninguna.

Eché un vistazo a mi alrededor. Vi a un botones con cara de avisgado. Le hice una señal.

—Buenas noches, señor.

—Quiero asistir a la fiesta.

—Es en el Salón Azul.

—Pero no tengo invitación.

—Qué lástima, señor —dijo el granujilla—. Va a ser una fiesta sonada.

Dejé asomar unos billetes por el bolsillo, y él, después de verlos, agregó:

—Pero ahora recuerdo que puedo darle una invitación.

—Eres muy amable, muchacho.

Me hizo una señal y le acompañé al fondo del vestíbulo. Me largó la invitación, que sacó de su uniforme verde, y yo le entregué a cambio cinco dólares.

—¿No hay algo más para los pobres, señor?

—Somos de la misma familia.

—Pero usted no es tan pobre como yo.

Le agregué otro billete de a cinco dólares.

—Me llamo Bill, señor.

—Y yo Ken Sullivan.

—Si necesita algo, señor Sullivan, puede disponer de mí. Los pobres debemos asociarnos, ¿no le parece?

—Sí, Bill. De eso no tengo la menor duda.

Me aparté del granujilla, entregué al estirado mi invitación y entré en el Salón Azul.

Se habían reunido allí unas trescientas o cuatrocientas personas y no dudé que se trataba de la gente importante de Oil City, los que vivían de Bresson y, probablemente, habrían vivido desde varias generaciones.

—¿Qué hace aquí, señor Sullivan?

Era el capitán Fenton.

—Hola, capitán, ¿ya terminó su trabajo en el asunto de Mario Lucetti?

—Acabé porque resultó fácil.

—Comprendo. Un accidente. El piso estaba húmedo. El coche de Mario derrapó y se fue al infierno.

—¿Alguna sugerencia?

—Oh, no, capitán. Si usted dice que fue un accidente, debió ser un accidente.

—He hablado con la señora Bresson. Me dijo que llevó a Margaret a su casa embriagada.

—Sí, y también me habrá acusado de que yo la embriagué porque soy una mala compañía para su sobrina. ¿O le dijo que soy su nuevo *gigoló*?

El capitán arrugó la nariz.

—No, no me dijo nada de eso.

—Qué considerada.

—¿Necesita ser siempre sarcástico, señor Sullivan?

—Lo soy cuando alguien trata de hacerme pasar por loco.

—¿Me va a decir que encontró a Pamela Foster?

—No todavía no la encontré, pero me estoy acercando a ella.

Con permiso, capitán.

Me aparté de él antes de que me pudiese decir algo más.

Vi a la señora Bresson en compañía de otras mujeres pero ella les daba ciento y raya en hermosura.

Ella me descubrió y su rostro adquirió una gran rigidez.

Se apartó de las mujeres y vino a mi encuentro.

—Buenas noches, señora Bresson.

—Hola, señor Sullivan.

Hice una inclinación.

—Sigue tan bella como la última vez que la vi.

—¿Por qué vino?

—No me quería perder una bonita fiesta.

—Usted no estaba invitado.

—Entregué mi tarjeta en la puerta. Tiene el número cuarenta y dos. Puede usted comprobarlo, si gusta.

—Si ya está dentro, yo no le voy a hacer salir.

—Qué generosa.

—Diviértase, señor Sullivan.

—Lo intentaré. Pero, dígame, ¿cómo está Margaret?

—Seguía durmiendo cuando salí de casa.

De pronto, vi a Pat Miller y el corazón me dio un vuelco.

El también me vio y empezó a moverse hacia el fondo de la sala.

—Perdone, señora Bresson, pero acabo de ver a un amigo.

Pat Miller se estaba deslizando entre la gente, sin preocuparse por los codazos que pegaba. Y yo también empecé a darlos porque no quería perderlo.

Me sacó una ventaja de cinco metros a la salida del Salón Azul y ya estaba saliendo a la calle.

—Eh, señor Sullivan —me dijo Bill—. ¿No quería participar en la fiesta?

—Volveré luego.

—Le reservaré otra invitación.

Salí a la calle.

Pat Miller estaba corriendo hacia el estacionamiento del hotel.

Yo corrí también. Sorteé un coche que salía.

Vi de nuevo a Miller en una de las vueltas, camino al sótano donde se ubicaba el estacionamiento del hotel.

Llegué abajo y solté una maldición porque ya no vi a Pat Miller.

Todo estaba en silencio.

Había como dos centenares de coches.

Pat Miller se habría escondido tras uno de ellos. Podría hallarse muy cerca o alejándose de la entrada.

Sonó un taponazo y me arrojé al suelo.

El maldito tenía una pistola con silenciador.

La bala había chocado contra la pared.

Di vueltas en el piso cuando sonaba otro taponazo. La bala tampoco me alcanzó.

Logré esconderme tras de un coche y me puse en cuclillas, a la escucha. El segundo disparo había venido desde más lejos. Eso quería decir que Pat estaba huyendo hacia su vehículo para poder

escapar.

Llegué a la parte trasera del coche y miré por el corredor, pero no descubrí a Miller.

Avancé agachado, refugiándome en las carrocerías.

De pronto oí el motor de un coche. Venía del fondo. Eché a correr.

El vehículo era negro y Pat Miller estaba al volante.

Miller se preocupó demasiado de mí y el coche chocó contra una columna. Fue malo para él porque me dio tiempo a llegar. Abrí la portezuela del otro lado.

Miller tenía la pistola con silenciador en la guantera. Trató de alcanzarla, pero yo me eché encima de él y le estrellé el puño en la sien.

La cabeza de Miller chocó contra el cristal y casi perdió el conocimiento.

Atrapé la pistola con silenciador y la apoyé en el cuello de Miller.

Recuperé la respiración mientras él también se recuperaba. Vio la pistola en mis manos y dijo:

—¡No dispare!

—Eso va a depender de ti.

—¿Qué quiere?

—¿Dónde está Pamela Foster?

—No se meta en esto.

Le pegué con el cañón del silenciador en el cuello.

—¿Dónde está Pamela Foster?

—A diez millas de Oil City.

—¿Está viva?

—Sí.

—Mientes. Tú y Alan Dixon la matasteis.

—No, no la hemos matado.

—¿Qué vas a decir tú, asesino?

—¡Le juro que no la hemos matado!

—Lo comprobaremos enseguida.

—¿Comprobarlo?

—Vamos a hacer un viaje de diez millas.

—Oh, no, Sullivan, no puede ir.

—Ni tú ni cien como tú lo vais a impedir. Escúchame bien,

asesino. Te vas a poner al volante y yo estaré a tu lado con la pistola en la mano. Y si tratas de jugármela, mancho el tapizado con tus sesos.

Asintió con la cabeza.

—Como usted quiera, señor Sullivan. Pero se lo advierto. Debería abandonar este asunto.

—Ya me dijeron demasiadas veces que lo abandonase. Hasta un capitán de policía. Vamos, saca el auto y empieza a correr.

Pat obedeció.

Salimos del estacionamiento del hotel y se dirigió hacia el Sur.

—Dijiste diez millas, Pat —le recordé—. Y voy a estar pendiente del cuentakilómetros. Como te pases de diez millas, te la ganas.

Recorrimos las diez millas y seguíamos en la carretera.

Apreté el silenciador en los riñones de Miller.

—Ya te la ganaste.

—¡No dispare! ¡Dije diez millas, pero puede ser media más! Estamos llegando.

—Reza porque sea así. Te voy a conceder media milla más.

Sacó el coche de la carretera y lo hizo avanzar por un camino con muchos baches.

Poco después, los faros iluminaron una cabaña.

—Párate —ordené.

Frenó el coche.

—Es ahí, señor Sullivan. Ella está dentro.

—Y estará también Alan Dixon.

—No, él no está. Se marchó a la ciudad.

—No sirves como tramposo. Nunca habríais dejado sola a la muchacha. Pero yo lo voy a arreglar.

Le cogí del cuello de la chaqueta.

—Abre la portezuela, Miller.

—¿Qué va a hacer?

—¡Abre la portezuela te digo!

Le hice saltar del coche y le utilicé como escudo.

Se dio cuenta de cuál era mi juego y gritó hacia la ventana:

—¡No dispaes, Alan! ¡Soy yo, Pat Miller!

—Con que ella estaba sola —reí.

Dio un traspiés y habría caído, pero yo le sujetaba férreamente.

—No te dejes caer o soy yo el que te mata, Miller.

—No lo hice intencionadamente.

Estábamos a unos veinte pasos de la cabaña cuando sonó un disparo.

Pat soltó un chillido. La bala le había alcanzado.

—¡No, Alan, no!...

Pero dispararon otra vez y la bala se enterró de nuevo en el cuerpo de Pat.

Dispararon por tercera vez y Pat se venció porque no pude sostenerle adecuadamente, y mi cabeza y mi pecho quedaron al descubierto.

CAPÍTULO XI

Dejé caer a Pat y caí también, pero saltando hacia la derecha.

Alan Dixon me mandó una granizada de balas.

Quedé de bruces y disparé tres veces hacia la ventana.

Los cristales saltaron y al mismo tiempo oí un aullido. Luego, un silencio.

No podía descuidarme. Quizá el tipo estaba herido.

De repente oí una voz:

—¡Ken!

Era Pamela Foster.

—¿Qué pasa ahí, Pamela?

—Creo que lo has matado.

Avancé hacia la cabaña y abrí la puerta.

Pamela estaba atada a una silla.

Alan Dixon se encontraba tendido junto a la ventana. Fui a su lado. Una bala le había entrado un poco más abajo del ojo derecho. Debí morir en pocos segundos.

Fui al lado de Pamela y, mientras le quitaba las ligaduras, le pregunté:

—¿Cómo te fue?

—Traté de escapar y me alcanzaron. Por eso me ataron a la silla.

—¿Te encuentras bien?

—Llegaste muy a tiempo. Dijeron que me iban a matar cuando Pat Miller regresase. Por eso cuando oí el motor del coche, pensé que había llegado mi última hora.

—Vámonos de aquí.

La cogí del brazo porque estaba débil y salimos de la cabaña.

Al pasar al lado de Pat Miller, me detuve para comprobar que también estaba muerto.

Seguimos andando hacia el auto y ocupamos los asientos de delante.

Pamela apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Apagué los faros.

Todo estaba en silencio. Miré a la joven y dije:

—Pamela, ¿no crees que ha llegado el momento de que me cuentes tu historia?

—Sí, Ken.

—Empieza.

—Soy la hija de Gregory Bresson.

—¿Qué?

Ella abrió los ojos y me miró.

—Sí, Ken, soy su hija, aunque no esté reconocida por él.

—¿Y tu madre?

—Murió. Ella era bailarina. Gregory la conoció hace muchos años. Sostuvieron relaciones íntimas y la consecuencia de ellas fui yo. Mi madre se llamaba Evelyn Foster. Se había enamorado de Gregory Bresson... Pensó que podría casarse con él, pero Gregory la plantó. Todo eso ocurrió cuatro meses antes de que yo naciese. Mi madre aceptó sin rechistar el golpe que Gregory le asestó. Quiso borrarle de su mente. Siguió trabajando y ya no volvió a ver a Gregory. Cuando yo tenía uso de razón, mi madre me dijo que mi padre había muerto. Y así pasaron todos estos años, pero hace dos meses mi madre enfermó de cáncer. Cuando iba a morir, me contó toda la historia. Me dijo de quién era yo hija y que podía decidir lo que quisiese. Al principio mandé mentalmente a Gregory al diablo, pero luego sentí curiosidad por saber cómo era mi padre... — guardó un silencio—. Necesito un cigarrillo.

Encendí dos y le di uno. Ella dio una larga chupada al cigarrillo y después dijo:

—Le escribí una carta a mi padre contándole cómo lo había sabido. Fue más bien una carta quejándome de su comportamiento. Yo, la verdad, no esperaba que me respondiese. Pensé que cogería la carta y la tiraría al cesto de los papeles. Y de pronto recibí un telegrama.

Recité el contenido de aquel telegrama porque lo había oído de boca de Glen.

«Ven a Oil City, Pamela. Te espero con ansia.
Abrazos y besos. Bresson».

Pamela parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo un amigo que es empleado en el servicio de telégrafos.

—Sí, Ken, eso decía el telegrama. Y me puse en camino.

—¿Qué te pasó al llegar a Oil City?

—Llegué ayer por la tarde en el tren.

—¿Anunciaste tu llegada?

—Sí, mandé un telegrama anunciando en el tren que llegaría.

—¿Quién había en la estación para recibirte?

—Un hombre que se presentó como Mario Lucetti. Dijo que le había enviado mi padre, y que él no había podido ir a recibirme porque tenía una reunión muy importante. Me llevó a su coche. Yo no podía sospechar nada, y nos pusimos en camino. Al cabo de un rato, noté que no íbamos por la ciudad, sino por una carretera. Yo le pregunté: «Oiga, ¿adónde vamos?». Y él me contestó: «Con su padre, señorita Foster». Dejé pasar otro poco de tiempo y entonces empezó a llover... Mario detuvo el coche porque la lluvia se había hecho tan intensa que no podíamos ver a través del parabrisas. Sacó un cuchillo y dijo: «Lo puedo hacer aquí mismo». Vi aterrorizada que me quería matar. Logré abrir la portezuela y saltar cuando trataba de clavarme el cuchillo... Bueno, entonces llegaste tú.

—¿Por qué no querías contármelo?

—Porque era horrible, Ken. Porque era espantoso. Mi propio padre había querido matarme.

Pamela se echó a llorar escondiendo la cara entre las manos.

Respeté su silencio.

Ella apartó las manos y pude ver sus ojos húmedos, las lágrimas resbalándole por las mejillas.

—¿Cómo querías que te contase esa monstruosidad? Mi propio padre queriendo desembarazarse de mí.

No dije nada.

—Es un prohombre aquí y ha pensado que yo sería una aventurera. Debe ser eso, Ken. Ha pensado que yo no fuese su hija.

Volvió a llorar.

Puse en marcha el coche y nos alejamos. No me di mucha prisa. Tenía que pensar.

Pamela se calmó poco a poco.

—¿Adónde vamos, Ken?

—A Oil City.

—Oh, no, me volverán a atrapar.

—Te juro que esta vez no te atraparán.

—No podrás impedirlo, Ken. Gregory Bresson es el hombre más poderoso de Oil City. Esos dos asesinos me estuvieron hablando de mi padre.

—¿Qué te dijeron?

—Que era el amo de la ciudad. Que todos eran sus criados, desde el capitán de policía hasta el último mono.

—Nadie puede matar.

—Pero Gregory Bresson sí puede.

—¡Ni él siquiera!

Si el teniente Coster me hubiese oído, habría soltado la carcajada. Yo había matado a doce personas, y le decía a Pamela que nadie tiene derecho a matar. Pero era sincero. Había disparado mi pistola muchas veces y siempre lo hice en legítima defensa, cuando no tuve más remedio que apretar el gatillo contra bastardos y contra hijos de perra.

—Ken —dijo Pamela—, quiero volver a casa. A San Luis.

—¿Y tu padre?

—Lo olvidaré.

—No puedes olvidarlo.

—Tengo que hacerlo si quiero seguir viviendo.

—Yo les voy a ajustar las cuentas a todos los Bresson.

—Estás loco, Ken.

También ella decía que yo no estaba en mi sano juicio. Pero el mundo es así con los hombres que quieren hacer justicia. Estamos locos.

—Tu padre está celebrando una fiesta. Quiero que te vea, que te hable.

—No, Ken, por favor.

—Mataron a Mario Lucetti, Pamela.

—¿Por qué?

—Porque falló contigo y yo le vi cómo trataba de acuchillarte.

—Es una prueba más de que no debemos seguir adelante. Si quieres ver a mi padre, tendrás que hacerlo solo.

—¿Y qué hago contigo?

—Llévame a la estación.

—De acuerdo, te llevaré a la estación y yo haré frente a una acusación de doble asesinato.

—¿Te refieres a Pat Miller y a Alan Dixon?

—No me puedo referir a otros.

—Sólo mataste a uno. A Alan Dixon, porque a Pat Miller le mató el propio Dixon.

—Pero me cargarán las dos muertes. Están deseando encontrar una razón para inculparme, y ahora la tienen por partida doble. Pero no te preocupes por mí. Sabré salir adelante como en otras ocasiones.

Pasamos de largo por la calle Principal. La estación quedaba a la izquierda. Llegamos en un momento.

Salté del auto. Había un empleado a la puerta de la oficina.

—¿Cuándo pasa el próximo tren para San Luis?

—En veinte minutos.

—Gracias.

Pamela todavía no había bajado del auto.

—¿Qué estás esperando? —dije—. Hay que sacar tu billete.

Ella me miró a los ojos y contestó:

—Llévame a la fiesta donde está mi padre, Ken.

CAPÍTULO XII

Bill, el botones, nos vio entrar.

—Señor Sullivan, qué bien acompañado viene.

—Gracias, Bill.

—Y tiene mucha suerte porque le tengo reservada la invitación.

Le pagué otros cinco dólares por su tarjeta.

Del Salón Azul provenía ahora un zumbido de mil abejorros.

El portero recogió de nuevo la tarjeta, pero debió reconocermelo porque se quedó un poco confuso.

Entré con Pamela.

La gente había bebido mucho porque todos hablaban con voz chillona. No vi al capitán Fenton, pero descubrí a la señora Bresson hablando con un hombre de cabello blanco.

Ella también me vio y echó una mirada a la joven que me acompañaba.

—¿Quieres comer algo, Pamela? —dije.

—Llevo doce horas sin probar bocado.

Fuimos a una mesa. Yo también necesitaba comer y despachamos un par de bocadillos.

—Hola, señor Sullivan.

Era ella, la señora Bresson. Estaba a nuestro lado.

—¿Se divierte, señora Bresson?

—No mucho.

Pamela se había quedado inmóvil y estaba mirando a la señora Bresson.

—No conozco a su acompañante, señor Sullivan.

—Es también forastera... Pamela, ésta es la señora Bresson. Señora Bresson, le presento a Pamela Foster.

Las dos mujeres se sonrieron sin pronunciar palabra y pregunté:

—¿Dónde está su marido, señora Bresson?

—Lo llamó el alcalde.

—¿Están aquí?

—No, salieron juntos.

—¿Sabe cuándo regresará?

—Dijo que iría a casa desde la alcaldía. ¿Por qué lo pregunta, señor Sullivan?

—Necesito hablar con su esposo.

—Entonces, podemos marcharnos juntos.

—¿Se va usted?

—Sí, estoy cansada y ya hablé con todas las personas que necesitaba hablar. Pueden acompañarme en mi auto.

—Gracias, señora Bresson.

—Termino enseguida.

Se apartó de nosotros. Atrapé un par de bocadillos y los metí en el bolsillo.

—Seguiremos comiendo fuera.

Pamela no contestó. Estaba muy blanca.

—¿Qué te pasa, Pamela?

—Estoy convertida en un témpano.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? Es la esposa de mi padre... Me ha hecho recordar a mi madre, porque ella era la que se tenía que haber casado con Gregory.

—Esas cosas pasan muy a menudo, Pamela.

—Sí, una está dispuesta a creer que le pasan a los demás. Pero cuando se es la protagonista, cambia todo.

—Es muy humano. Anda, vamos.

La volví a coger del brazo y salimos del Salón Azul.

Esperamos en el vestíbulo.

Pasaron cinco minutos y la señora Bresson vino a nuestro encuentro con una encantadora sonrisa.

—Ya cancelé mis aburridos compromisos sociales —me alargó una llave—. ¿Quiere ir a por mi coche al estacionamiento del hotel? Es el hangar número cuatro. Pamela y yo estaremos en la calle.

Fui al establecimiento donde Miller me había mandado las primeras balas para liquidarme.

El auto de la señora Bresson era un «Cadillac» plateado, una hermosura de coche. Lo saqué del hangar y salí a la calle.

La señora Bresson y Pamela estaban hablando como dos buenas

amigas.

Ocuparon el asiento trasero.

—Ya sabe dónde está mi casa, señor Sullivan —dijo la hermosa rubia.

El coche se deslizaba como sobre nylon.

En la casa sólo estaban encendidas algunas habitaciones, y la señora Bresson abrió con una llave.

—Esperaremos a mi marido en la biblioteca.

Fuimos a la biblioteca, que era enorme, con estantes llenos de libros.

—¿*Whisky*? —preguntó la señora Bresson.

Yo dije que sí, pero Pamela hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Quiere tomar otra cosa, Pamela?

—Un vaso de leche.

—Yo misma se lo prepararé.

—No se moleste.

—No es molestia. Se lo aseguro, Pamela.

Salió de la biblioteca, dejándonos a solas.

—Estoy avergonzada, Ken.

—¿Por qué?

—Ruth es toda una señora.

—De modo que ya la llamas Ruth.

—Me lo pidió ella.

—Os habéis hecho buenas amigas en el poco tiempo que yo tardé en sacar el coche.

—Es muy simpática.

—No lo fue conmigo cuando hablé con ella la primera vez.

Se abrió la puerta, pero no entró la señora Bresson, sino Margaret. Vestía un pijama con pantalones y blusita que le dejaba al aire un palmo de estómago.

Había dormido y parecía despejada. Me dirigió una sonrisa, pero descubrió a Pamela y se puso seria.

—No me digas que al fin encontraste a Pamela.

—Sí, es ella.

—La mujer misteriosa existe.

—Es de carne y hueso.

Ella cerró la puerta.

Hice las presentaciones.

Margaret miró a Pamela como un entomólogo observa un insecto que no tiene en su colección.

—Sí, es monilla. Tenías razón para enamorarte de ella.

Pamela me miró, pero no dijo nada.

Yo nunca había dicho que me hubiese enamorado de Pamela, pero Margaret quería fustigarme.

—Dame un vaso de *whisky*, Ken —dijo Margaret.

—¿Ya vas a empezar?

—Déjate de sermones.

—Como quieras.

Preparé el *whisky* y se lo di.

Margaret bebió un traguito y se pasó la lengua por los labios, saboreándolo.

—Éste es el trago que mejor sienta. El primero después de dormir unas horas.

—A mí me sienta como una bomba —le dije.

—¿Dónde encontraste a Pamela?

—En una cabaña.

—¿Con quién?

—Con dos hombres.

—Caramba, Pamela, eso ni siquiera yo lo he hecho. Las mejillas de Pamela enrojecieron.

—Tiene lengua de víbora —exclamó.

Margaret se echó a reír.

—Pamela hablar como una india, Ken. ¿Es comanche o apache?

—¡Sólo soy más correcta que tú! —exclamó Pamela. Margaret dejó de reír y me miró con ojos fieros.

—Ahora nos tienes a las dos delante. Puedes comparar quién es más atractiva.

—Lo dejo en un empate.

—Eres un cegato. Pero si necesitas una buena comprobación, yo estoy dispuesta. Anda, Pamela, vamos a quitarnos la ropa y el juez nos podrá examinar con más detenimiento.

—No participo en esos concursos —repuso Pamela.

—¿Qué te pasa, eh? ¿Es que te gustan remilgonas? Pues la nena lo es.

—No me llames nena.

—¿Por qué, nena? —la desafió Margaret, con un brazo en jarras. Pamela se dirigió hacia ella.

—¿Quieres que te marque la cara?

Margaret se echó a reír.

—Eh, Ken, ya logré convertirla en una gata salvaje.

Me puse entre las dos jóvenes con los brazos extendidos.

—Ya está bien. No quiero una estúpida pelea después de todo lo que pasó en esta condenada ciudad.

—De acuerdo, Ken —asintió Margaret—. Me voy... Quiero vestirme y aprovechar la noche. ¿No lo sabes? La noche se ha hecho para mí. Te invitaría para que la pasases conmigo, pero me temo que Pamela se pondrá muy celosa.

—Vete al infierno —dijo Pamela.

Margaret me pasó la mano por el cuello y me besó en la boca. Luego, sin dejar de reír, salió de la habitación.

—Es un bicho —dijo Pamela.

—Cálmate.

—Ha dicho cosas que no sé cómo he podido soportar.

—Es una niña mal criada.

—¿Tratas de disculparla?

—Un poco. La conocí, y aunque ella es culpable, no lo es al cien por cien.

Entró otra persona en la habitación. Tampoco era la señora Bresson.

Era Clark Martin y tenía una pistola en la mano.

CAPÍTULO XIII

—Hola, Clark —saludé al falso policía—. ¿Vas a dar un recital?

—Es posible.

—Te advierto que ese instrumento hace demasiado ruido para conseguir una buena armonía.

—Yo en tu lugar no haría chistes.

—¿Por qué no hacerlos cuando uno ha encontrado la solución?

—Tú no has encontrado la solución de nada.

—Te equivocas, Clark. Tengo todas las respuestas.

—Pues te las vas a llevar al otro mundo con la chica.

Pamela dijo:

—Te advertí que no podríamos con ellos. Gregory Bresson es un hombre que piensa en todo.

—Tu padre no tiene nada que ver con esto, Pamela.

—¿Cómo?

—Apuesto a que Gregory Bresson no sabe ni siquiera que estás en Oil City.

—¿Por qué dices eso, Ken?

—Porque ya conseguí armar el rompecabezas.

Pamela se llevó una mano a la frente. Estaba confusa.

—No te entiendo, Ken. ¿Dices que mi padre no fue el que contrató a Mario?

—No.

—¿Ni a Pat Miller ni a Alan Dixon?

—Tampoco. Y ese hombre de la pistola obedece a otra persona.

—¿A quién?

—A la señora simpática.

—¿A Ruth Bresson?

—Sí.

—Oh, no, Ken.

—Es ella la que está detrás de los asesinos.

Clark había dejado la puerta entreabierta y alguien la empujó desde fuera.

Esta vez entró la señora Bresson, pero iba acompañada de un hombre de unos cincuenta años, de cabello canoso y facciones afiladas.

Ruth Bresson inspiró profundamente.

—Lo he escuchado todo, señor Sullivan.

—Lo celebro.

—Debió aceptar mi oferta.

—¿La de dos mil dólares?

—Le hubiese pagado cuatro mil, o quizá más.

—Qué lástima. El dinero que pierde uno por no ser comprensivo.

—Usted se ha comportado como un perfecto idiota.

—Oh, sí, señora Bresson. Yo debí dejar que matasen a Pamela. Nadie hubiese notado su ausencia. La pobre no tenía ni un familiar que la llorase.

—Eso no es culpa mía.

—No, usted no tuvo la culpa de que ella naciese. Eso fue culpa de su marido.

—¿Cómo sabe que eso es verdad? —señaló a Pamela—. ¿Cómo sabe que ella es realmente la hija de mi esposo?

Pamela había enmudecido desde que entró Ruth Bresson y rompió su silencio.

—Señora Bresson, soy la hija de Gregory.

—¿Por qué? ¿Porque te lo dijo tu madre en el lecho de muerte?

—Sí.

—Pudo mentirte.

—No, no me mintió... Señora Bresson, quiero hablar con mi padre. El será quien decida si soy o no soy su hija.

—Me temo que él no lo podrá decidir.

—Es a él a quien debe corresponder decir la última palabra.

Yo intervine:

—Pamela, tu padre no ha dicho ni siquiera la primera palabra. El no sabe nada de ti desde que plantó a tu madre.

—Oh, no, yo le escribí una carta.

—La carta nunca llegó a manos de tu padre. ¿Es que no lo comprendes, Pamela? Fue la simpática señora Bresson la que interceptó esa carta. Y no dio ninguna noticia de ella a tu padre.

Pamela agrandó los ojos.

—¿Eso hizo, señora Bresson?

—Sí, eso hice.

—¿No le dijo después nada a mi padre?

—Nada.

—Entonces él...

—El señor Sullivan acertó. Gregory no sabe que tú estás en Oil City. Sólo lo sabemos las personas que estamos aquí.

Miré al hombre de pelo canoso, que todavía no había dicho una sola palabra.

—Le felicito, Roger Bresson.

—¿Quién le ha dicho que soy Roger Bresson?

—Pura deducción. ¿Me equivoqué?

—No, no se equivocó.

—Usted está en combinación con la señora Bresson para ejecutar el plan criminal.

—Lo estoy, pero no es ningún plan criminal.

—De modo que quieren matar a Pamela y eso no sería un crimen.

—Estamos defendiendo lo que nos pertenece.

—La herencia de Gregory Bresson. Eso es lo que ustedes defienden. Pensaron que, si aparecía una hija, ustedes se iban a quedar con muy poco trozo de la tarta, y decidieron eliminar a Pamela.

—Nadie llamó aquí a Pamela Foster.

—Se equivoca. Ustedes la llamaron. Le enviaron un telegrama para que viniese. Un telegrama enternecedor que supuestamente le enviaba su padre.

—Ella nos obligó a hacerlo.

—Debo decirles que cometieron un error. Pamela Foster nunca habría venido a Oil City si ustedes no hubiesen enviado el telegrama. De no haber recibido respuesta a su carta, Pamela habría dejado en paz a Gregory Bresson.

—Eso es lo que ella dice ahora.

Pamela contestó:

—Lo habría hecho. Jamás hubiese escrito otra palabra a mi padre.

Solté una risita.

—Ya lo ven. Se mancharon las manos de sangre por nada. Pero celebro haberles evitado un crimen. Ahora Pamela y yo nos iremos.

—¡Ustedes no se irán! —gritó Roger Bresson.

—¿Por qué no? ¿Es que no han oído a Pamela? Ella dejará en paz a su padre.

—No sea estúpido, señor Sullivan. Ella lo intentaría otra vez y, por otra parte, usted lo dijo. Nos hemos manchado las manos de sangre.

—Oh, sí, mataron a Mario. ¿Quién fue? ¿Usted, señora Bresson?

—Dice tonterías. Yo no hago esas cosas. Lo hizo Clark.

El falso policía asintió.

—Fui yo, pero arreglé el coche de Mario para que se matase siguiendo sus órdenes, señora Bresson.

—¿Necesitabas aclarar eso?

—Sólo es una puntualización.

—Pues cierra la boca. Te pago bien para que cumplas mis órdenes.

Roger Bresson dio un manotazo en el aire.

—Basta de discusiones. Estamos perdiendo el tiempo, Clark; llévatelos lejos y mátalos lejos de aquí.

—No puedo hacer el trabajo solo. Uno de ustedes tendrá que venir conmigo. La señora Bresson o usted, Roger.

—Irás tú, Roger —dijo Ruth.

—De acuerdo. Iré yo.

Intervine de nuevo:

—Roger, por este doble crimen puede pedir un poco más de herencia a la señora Bresson.

—No está mal pensado.

Ruth dio una patada en el suelo.

—No quiero oír tonterías, Roger. Ya hablaremos tú y yo luego.

—Eso —asentí—. Los dos brujos se deben reunir para acordar qué hacen después del aquelarre.

Clark Martin movió la pistola.

—Nos cansamos de tus frases ingeniosas, Sullivan. Te llegó el turno de guardar silencio por unos cuantos miles de años.

—No hables como un actor de melodrama, Clark. Estabas mejor de policía —le contesté.

Yo quería ganar tiempo. Gregory Bresson podía presentarse en

cualquier momento, o podría tardar horas, pero en la casa estaba otra persona, Margaret, aunque no sabía hasta qué punto su aparición podía serme favorable. ¿Y si Margaret estaba al corriente de la combinación? Después de todo, era la hija de Roger.

Clark ya no me dio tiempo a pensar más.

—Muévete, sabueso, y usted también, señorita Foster.

Fui al lado de Pamela y le pasé la mano por los hombros.

—Vamos, muchacha.

Salimos de la biblioteca y Clark Martin y Roger Bresson vinieron detrás de nosotros.

Roger sacó una pistola del bolsillo.

—Ya ve que también estoy armado, Sullivan. No intente nada.

Caminamos hacia la puerta.

De pronto nos llegó la voz de Margaret desde la escalera:

—Padre, ¿qué estás haciendo?

CAPÍTULO XIV

Todo sucedió muy aprisa, porque las palabras de Margaret habían provocado la situación de sorpresa que yo necesitaba.

Roger Bresson y Clark Martin habían vuelto la cabeza para mirar a Margaret. Yo tenía una pistola en el bolsillo y no me la habían quitado. La saqué con mucha rapidez.

Clark se volvió para disparar, pero yo lo hice antes. Roger también quiso hacer fuego, pero tampoco lo dejé.

Le metí una bala en el pecho.

Clark Martin estaba aullando. Ya había soltado el arma. Tenía las dos manos en el vientre.

Roger se derrumbó sin decir palabra.

Margaret bajó rápidamente la escalera.

—¡Padre!

Yo no la podía consolar de momento.

Eché a correr hacia la biblioteca y abrí de golpe.

Ruth estaba dando un rodeo a la mesa.

—¡Quieta, señora Bresson!

Ella no se estuvo quieta y tiró de un cajón. No quería matarla. Eché a correr y pegué un tremendo salto.

Ruth ya había sacado la mano con una pistolita. Caí sobre la rubia con todo mi peso y la derribé en el suelo.

Luego le pegué un puñetazo en la mandíbula.

La señora Bresson se desmayó.

Cogí la pequeña pistola que había quedado en la alfombra y la guardé en el bolsillo.

Oí unos sollozos fuera.

Regresé andando lentamente, porque estaba muy cansado.

Me quedé en el hueco, viendo la escena que se ofrecía ante mis ojos.

Margaret Bresson, de rodillas ante su padre, sollozaba.

Pamela estaba enfrentada a un hombre que había entrado en la casa.

Los dos se estaban mirando sin decir nada.

—Tú eres Pamela.

—Y usted el señor Bresson.

—Llámame Gregory.

—¿Por qué se ha imaginado que soy Pamela?

—Vengo de hablar con el capitán de la policía de Oil City... Me explicó algo relacionado con Pamela Foster... Yo recordaba que tu madre se llamaba Foster... Evelyn Foster... Empecé a sospechar lo peor... Tienes que perdonarme, Pamela... Daría cualquier cosa porque tu madre me perdonase también.

—Te perdonó, padre.

Los dos tenían lágrimas en los ojos y echaron a andar al mismo tiempo, cayendo en brazos uno del otro.

Estaba amaneciendo. Los pájaros armaban mucho ruido en los árboles.

Yo estaba en el jardín de la casa de los Bresson.

Margaret apareció con una maleta en la mano.

—¿Te vas, Margaret?

—Por fin he encontrado el valor para emprender una nueva vida.

—Siento que haya ocurrido así.

—No te preocupes. Tú lo hiciste lo mejor que pudiste.

Me tendió la mano y yo se la estreché.

—Buena suerte, Margaret.

—También os la deseo a los dos. A ti y a Pamela.

Cogió otra vez la maleta y se fue al garaje.

Poco después la vi salir con su coche deportivo. Me hizo un saludo con la mano y desapareció por el portón.

Encendí un cigarrillo.

Oí otra vez pasos en la escalera.

Era Pamela.

Vino a mi lado.

—¿Dormiste, Pamela?

—Muy poco.

—¿Cómo está tu padre?

—Ha sido un duro golpe para él saber que todo fue obra de los

suyos, de su mujer y de su hermano. Y fue más duro ver cómo el capitán Fenton se llevaba a Ruth.

—El te necesita ahora.

—Lo sé.

—Bien, Pamela, me tengo que marchar.

—¿Adónde vas?

—No lo sé. Tendré que dejar pasar unas semanas antes de que pueda regresar a Los Ángeles.

—Entonces, quédate.

—Oh, no, es preferible que me vaya.

—¿Por qué?

—Me podría enamorar de ti. Y luego sería más difícil la separación.

—Por eso sería insoportable que ahora me dejases.

—¿Por eso? ¿Qué quieres decir?

—Que yo ya me enamoré de ti.

—Oh, no, Pamela. Si apenas pudimos sostener una conversación en serio...

—Entonces, si la sostuviésemos, me volvería loca por tus huesos.

—Pamela, que estás jugando con fuego.

Me rodeó el cuello con los brazos y acercó su bonita cara a la mía.

—Quiero seguir jugando con fuego, Ken.

Me besó en la boca y me abrazó. Dejé caer el cigarrillo de mi mano y la estreché fuertemente.

Nos casamos una semana más tarde.

Devolví los cien dólares a Harper por correo. Y también utilicé a Glen, el telegrafista, para mantener un telegrama al teniente Alex Coster, de la Brigada de Homicidios de Los Ángeles. El texto decía así:

«Agradecido por expulsarme de la ciudad. Gracias a ello, La Garra encontró a su mujer».

Apuesto a que no lo entendió.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

